

CELCIT. Dramática Latinoamericana 216

AGONÍA

Luis Miguel González Cruz

Premio Calderón de la Barca 1995

Oscuro. La luz se hace sobre un punto en el suelo donde descubrimos la cabeza de un gallo. Unos gritos de jóvenes atruenan el lugar, un lugar indefinido, a caballo entre la plaza de un pueblo o el monte perdido. Jalean y animan, pero también asustan. Un JOVEN entra en escena con una estaca y los ojos vendados. Otros dos JÓVENES le animan y empujan a la vez que le despistan del camino recto en dirección al gallo. El JOVEN comienza a dar golpes al aire intentando en vano acertar en la cabeza del gallo ante la hilaridad de sus compañeros, que le dan vueltas sobre su propio eje para desorientarle. Al fin, el JOVEN hace caso omiso de las indicaciones de sus compañeros y pone actitud de escuchar los movimientos de la cabeza del gallo. Lentamente se acerca a él ayudado por la estaca, que dibuja un camino en el suelo. Finalmente, con un fuerte golpe, como si fuera de golf, arranca del suelo la cabeza del gallo y de las gargantas de sus compañeros un grito de alegría. El JOVEN se quita la venda y observa el estropicio. Un compañero le trae la cabeza del gallo.

PIPORRO: Toma... es tuyo.

MANUEL: No lo quiero.

PALOMO: ¿Cómo que no lo quieres? Lo tienes que coger.

MANUEL: Para vosotros.

PIPORRO: Nosotros no podemos. No es nuestro.

MANUEL: Pues tiradlo.

PALOMO: ¿Cómo lo vamos a tirar? El dueño nos correría a perdigonazos si no le llevamos la cabeza.

PIPORRO: Además, ya está preparado el caldo.

MANUEL: ¡Adiós!

MANUEL sale de escena, pero sus amigos siguen gritándole.

PALOMO: Pues vete, pero nosotros no nos quedamos sin gallina.

PIPORRO: Ya te llegará también tu Pascua.

PALOMO: Por mucho que corras, no escaparás.

Una iglesia abandonada y semiderruida en el campo. MANUEL espera sentado.

Una voz de mujer en la lejanía.

MARÍA: (OFF): ¡Manuel! ¡Manuel!

MANUEL no contesta, pero MARÍA aparece tras las ruinas y lo descubre. Camina hacia él.

MARÍA: Manuel ¿Qué haces aquí?

MANUEL: Me voy.

MARÍA: ¿Dónde? ¿Dónde vas a ir?

MANUEL: Me voy del pueblo.

MARÍA: Pero ¿dónde?

MANUEL: Lejos...

MARÍA se acerca a él, pero MANUEL se levanta y se aleja. MARÍA le sigue, pero se detiene ante una piedra y da un grito.

MARÍA: Una culebra, una culebra.

MANUEL se acerca y observa el hecho. La culebra sale de su escondrijo con un lagarto en la boca a medio engullir.

MARÍA: ¿Es una bastarda?

MANUEL: No sé.

MARÍA: Hay que tener cuidado con las bastardas. No puedes sentarte ni apoyarte allí donde ha estado una bastarda. Enfermas de muerte.

MANUEL: ¿Tú también crees en esas tonterías?

MARÍA: ¿Qué lleva en la boca?

MANUEL: Uno de los últimos habitantes del pueblo.

Un rayo parte el cielo en dos y suena un trueno. MARÍA se abraza a MANUEL. Éste

le echa el brazo por encima del hombro.

MANUEL: No te preocupes... Volveré y te llevaré conmigo.

Un autobús espera en marcha. MANUEL espera a subir, pero se oye la voz de MARÍA que lo llama.

MARÍA: ¡Manuel! ¡Manuel!...

MANUEL se da media vuelta y la espera.

MARÍA: Manuel. Tu padre te busca.

MANUEL: Me voy...

MARÍA: Necesita que alguien vaya a recoger las vacas.

MANUEL: Que las venda.

MARÍA: Y el huerto, necesita que lo cuides.

MANUEL: Nadie necesita el huerto.

MARÍA: Tu padre te busca, no sabe que te vas.

MANUEL: Adiós.

MANUEL se sube al autobús, que cierra su puerta, arranca y se marcha. MARÍA lo mira mientras se aleja.

Comedor en una casa de pueblo. Delante de la chimenea, rodeado de flores y velas, se alza un ataúd. En el interior, un hombre ni muy viejo ni muy maduro extiende las manos sobre el pecho. MANUEL, de frente al ataúd, observa el cadáver de su padre. A su lado, la MADRE, sentada en una silla, no dice nada, está ausente. El silencio y el vacío amparan los objetos de la estancia. Algo de luz se cuela por el resquicio de alguna ventana mal cerrada y produce una especie de cámara oscura sobre la chimenea y el techo del comedor. Las figuras de los transeúntes, las gallinas y los niños que se asoman a la ventana aparecen deformadas sobre la pared.

MANUEL: Así terminamos todos... En la misma oscuridad. Da igual que seas rico o pobre. Listo o tonto. Ya lo ves, padre, después de tanto tiempo, ni huerto, ni vacas... La caja es lo que nos espera.

MANUEL tropieza con algún objeto extraño. Lo coge y lo observa. Tiene el atractivo que tienen todos los objetos que se utilizan en los pueblos: son inútiles

y difíciles de manejar.

MANUEL: Todo está en su sitio, nada ha cambiado desde que era un niño. Cada cosa en su sitio... Pera ya nada de esto vale. Todo esto es inútil, no sirve para nada. Y tú estás muerto... Después me tocará a mí, empiezo a tener miedo... ¿También tú tenías miedo? Sí, claro que sí, pero al final has ganado. Has conseguido que venga. Has muerto para eso, para que vuelva. No me puedo creer que estás muerto, sólo estás dormido, es teatro, una burda mentira, otra más. Sólo querías que viniera. Estarás satisfecho. No me importa, no volveré nunca más. Ya nada me ata aquí. Te enterraré.

Sobre el fondo del escenario se reflejan figuras humanas, poco definidas y al revés, boca abajo. Son personas que caminan lentamente, cansinos, aunque con un destino bien definido. Su casa.

MANUEL: Ya están aquí. La máquina se pone a andar.

El ruido de pasos en la calle irrumpe en el silencio del salón. Todo tipo de personas entran a la vez en la casa. Viejas y lloronas, campesinos, jóvenes, mujeres y hombres. Coge una cerilla y enciende una a una todas las velas. La alucinación de la cámara oscura desaparece y la luz se extiende por toda la habitación. Uno a uno, entran todos en la casa, saludan a la MADRE, que les recibe sin decir ni una palabra y se acercan a MANUEL. Parece una procesión. El primero es PEPE, el tabernero.

PEPE: Lo siento.

MANUEL asiente con la cabeza y estrecha su mano. PEPE arruga la boina entre sus manos y se retira hacia un lugar al fondo del salón para permanecer inmóvil. Las campanas de la iglesia empiezan a sonar, tocan a muerto. El tráfico discurre lentamente.

GURRIATO: Te acompaño en el sentimiento.

MANUEL: Gracias.

CHAPARRO: No somos nadie.

MANUEL: Gracias, Chaparro.

PIERNACACHONES: Es una lástima.

MANUEL: Sí. Sí que lo es.

ENCONAO: Polvo somos...

MANUEL: Ya, ya.

CHIVO: Valor, muchacho.

MARÍA es la última en entrar, pero no se acerca a MANUEL. Se queda en la puerta y baja la mirada. MANUEL la ve, pero tampoco se atreve a decir nada.

El CURA hace también su entrada en la casa. Las viejas se ponen a llorar todas a la vez, como si obedecieran una señal invisible. El CURA se acerca a MANUEL y le susurra algo inaudible. MANUEL responde igual que a los demás. El CURA se da media vuelta y hace una señal a un chaval con pinta de retrasado que porta una cruz y los utensilios del CURA. Lento y patoso, llega tarde y, en su carrera por llegar hasta el lugar del CURA, pisa su sotana y cae al suelo vertiendo el agua bendita. El CURA le da un fuerte capón en la cabeza y le arrebató el instrumental para rociar con agua bendita el cadáver del PADRE.

CURA: Señor, recibe en tu seno el alma de este siervo tuyo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El CURA vuelve a rociar con agua bendita el ataúd y las viejas lloronas acusan la contraseña redoblando sus aullidos.

VIEJAS: ¡Ay señor! Con lo bueno que era.

Por culpa de la cruz.

Pero es inocente.

No tenía la culpa.

Fueron los judíos.

¡Ten piedad! ¡Señor!

No fuimos nosotros.

¡Fueron los judíos!

La última acción del CURA sirve de señal para que el COTO, que así se conoce al monaguillo subnormal, una vez repuesto de los golpes del CURA, comience a cantar y le sigan todas las mujeres.

COTO: ¡Oh! Buen Jesús, Yo creo firmemente
Que por mi bien, estás en el altar.

Jesús mi bien, mi dicha y mi tesoro...

¡Ay! alma fiel en celestial manjar...

Todo el pueblo, en procesión, abandona el escenario por medio del patio de butacas. Encabeza la procesión el COTO seguido del CURA. MARÍA y MANUEL se miran cara a cara en el escenario. El PALOMO y el PIPORRO dan a MANUEL un golpe en el hombro y le ayudan a tapar el ataúd y a cargarlo para seguir los pasos del CURA. Tres o cuatro villanos, se ponen una gorra y sacan sus instrumentos de música para tocar una melodía a mitad de camino entre festiva y protocolaria. Mitad misa de difuntos, folklore desafinado y fox-trot. Por el camino comienza la charla de los jóvenes cargando el ataúd.

PALOMO: Te esperábamos por la mañana.

MANUEL: Ya veo que todo el mundo me esperaba.

PIPORRO: Y tu tío. ¿Dónde está tu tío?

MANUEL: ¿Cómo quieres que lo sepa? Acabo de llegar.

PALOMO: ¿Te quedarás para la obra?

MANUEL: ¿Qué obra?

PIPORRO: ¿No has hablado con tu tío?

MANUEL: Que no, coño. No he hablado aún con nadie.

PALOMO: Manolo, dime una cosa, ¿Has visto a Futre en Madrid?

MANUEL: ¿Sigues siendo del Aleti?

PALOMO: ¿Y a Manolo, lo has visto? Es el Pichichi.

MANUEL: Madrid es muy grande.

PALOMO: Sí, sí que debe ser grande. Cualquier día yo también me voy. Como tú, me voy de aquí.

MANUEL: ¿A qué?

PALOMO: No sé. A trabajar en lo que sea.

MANUEL: Sí, mejor que trabajes.

La orquesta sigue tocando y todos salen de la sala por el patio de butacas. El silencio y la oscuridad deja lugar al vacío.

Oscuro total. No se ve nada. Absolutamente nada. Un candil se enciende en medio del escenario. Conforme la luz avanza hacia el proscenio, ilumina cada vez más el rostro del MANUEL pegado al candil.

MANUEL: María, María.

Silencio. No se ve a nadie moverse ni tampoco se escucha respuesta para el joven, que, no obstante, se atreve a dar unos pasos más en la oscuridad hasta que algo le impide avanzar. Acerca el candil y poco a poco se descubre, quizás de una manera un poco siniestra debido a lo escaso de la luz, un enorme futbolín de madera en medio del habitáculo.

MANUEL: Maldita sea.

MANUEL se da media vuelta y estudia hacia dónde caminar. Como no lo ve muy claro opta por gritar de nuevo.

MANUEL: María, María. ¿Me oyes? ¿Dónde estás?

Poco a poco, como si la pupila de los espectadores se acostumbraran a la oscuridad, se empiezan a percibir los contornos de los objetos que configuran el decorado. En primer término, el futbolín aparece como un gran mamotreto que se coloca a la derecha de una barra de bar de madera vieja y carcomida. Al fondo, tapado por unos grandes cortinajes, se adivina un pequeño escenario o el lugar donde se coloca la orquesta en las viejas salas de baile. MANUEL avanza hacia el escenario, pero una luz extraña reflejada sobre el telón le detiene.

MANUEL: ¿Quién está ahí?

Como nada le responde, opta por dar unos pasos atrás. Al hacerlo, la luz del candil deja de iluminar el telón y percibimos claramente la imagen, como si fuera en cámara oscura la imagen invertida del padre crucificado.

MANUEL retrocede.

MANUEL: ¿Qué haces aquí? Estás muerto.

La imagen desaparece lentamente, como por arte de magia. MANUEL sigue dando voces como para tapar su miedo.

MANUEL: ¿Se puede saber qué quieres?

Un ruido suena detrás del telón, y a continuación la voz de MARÍA.

MARÍA: Manuel... ¿Eres tú?, Manuel?

El sonido de las palabras asusta al chaval. Vuelve el candil a sus espaldas pero continúa sin verse nada. Poco a poco se acerca al fondo del escenario con el candil por delante. Bajo la luz titilante del fuego vuelve a aparecer la pesada masa de telón que tapa la pequeña boca del teatro. El telón se mueve como si fuera una red que ha cazado a un animal salvaje. Por fin el animal encuentra la salida: MARÍA sale despedida al exterior debido a su propio impulso.

MARÍA: Manuel, ayúdame... Sácame de aquí.

MANUEL: María, ¿qué haces ahí?

MARÍA: Hay ratas, las escucho rondar.

El joven corre hacia ella y se sienta a su lado en la corbata del teatro. De rodillas, frente a ella, la ayuda a limpiarse el polvo y las telarañas. Se miran fijamente en silencio. Los últimos hilos cuelgan de su pelo. La mano del joven intenta separarlos definitivamente, pero MARÍA no lo consiente y se separa de él.

MARÍA: ¿Qué tal el viaje?

MANUEL: Como siempre.

MARÍA: Has tardado más de la cuenta.

MANUEL: ¿Cómo sabes tú lo que se tarda?

MARÍA: Todos lo saben.

MANUEL: Déjame de preguntas. Se puede saber qué haces tú aquí. ¿Acudes a alguna cita secreta?

MARÍA: Si fuera así a ti no te importa nada. ¿A qué has venido tú?

MANUEL: Te vi entrar... Vi que estabas sola. Casi había olvidado lo bonita que eres.

MARÍA: Casi has olvidado que existo.

MANUEL: Y cuando te enfadas eres aún más bonita.

MARÍA: ¿Es por eso que vienes a verme obligado?

MANUEL: ¿Quién me obliga?

MARÍA: Tu padre. Ha tenido que morir para que vengas a verme.

MANUEL: (Brusco) A mí nadie me obliga a nada. Hago lo que quiero y cuando quiero.

MARÍA: (Se sienta en el escenario.) ¿Cómo es Madrid?

MANUEL: (MANUEL se sienta en el suelo junto a MARÍA y se hace el interesante.)

Bueno, la verdad es que no tiene mucho que contar...

MARÍA: Y las chicas. ¿Cómo van vestidas las chicas?

MANUEL: Pues como en todas partes. ¿Cómo van a ir?

MARÍA: Y los cines... ¿Hay muchos cines?

MANUEL: Hay calles enteras llenas de cines.

MARÍA: ¿Vas mucho al cine?

MANUEL: No... no mucho.

MARÍA: ¿Dónde vas entonces?

MANUEL: Pues a bares... A discotecas.

MARÍA: ¿Y por qué no vas al cine?

MANUEL la mira sorprendido sin saber qué responder.

MANUEL: Pues porque no me gusta el cine. No me gusta que nadie me cuente historias.

MARÍA: Pues qué tonto eres. Con lo bonitas que son las películas.

MANUEL: María, dime una cosa. ¿Qué papel vas a hacer tú?

MARÍA: ¿Papel?

MANUEL: Sí, papel. En la obra.

MARÍA: ¿Ya sabes lo de la obra?

MANUEL: Nadie hace otra cosa que hablar de eso.

MARÍA: ¿Hablaste ya con tu tío?

MANUEL: Ni siquiera vino al entierro.

MARÍA se levanta del escenario y camina, enfadada, hacia el otro extremo del decorado.

MARÍA: ¿Has venido a reírte de nosotros? Pues escúchame bien, no hace tanto tiempo que estás en la ciudad. Todavía hueles a gorrino.

MANUEL: Seguro que haces de Magdalena, te veo muy metida en el papel...

MARÍA se enfada y arroja el candil a MANUEL pero éste lo esquiva yendo a estrellarse en el suelo apagando toda la luz que iluminaba tan oscuro escenario.

MARÍA: Canalla.

MANUEL: ¡Cuidado!

MARÍA: ¡Lo sabías! ¿Quién te lo dijo?

MANUEL: ¿Dónde te has metido?

MARÍA: Déjame en paz.

MANUEL: Ven aquí.

MARÍA: Ni lo sueñes.

Ruidos de pasos y forcejeos en la oscuridad. Risas de MANUEL y gritos de MARÍA.

MANUEL: Te agarré.

MARÍA: (En un susurro) No creas que lo sabes todo. Sin embargo yo sí que lo sé todo.

Como si las pupilas de los espectadores se hubieran acostumbrado a la oscuridad, muy levemente podemos ver las figuras de los dos jóvenes recortadas sobre el telón del pequeño escenario. En medio del mismo, de pie, ambos están abrazados.

MANUEL: ¿Qué sabes tú?

MARÍA: ¿Qué personaje harás tú?

MANUEL: Ninguno.

MARÍA: ¿Ninguno?

MANUEL: No voy a hacer nada en la obra.

MARÍA: Entonces a qué has venido.

MANUEL: A un entierro.

MARÍA: ¿Te vuelves a marchar?

De repente, un ruido extraño suena en el lugar. Una puerta invisible, en la trastienda del decorado, se ha abierto y la claridad de la calle penetra en el decorado. El ruido de unos pasos cansinos y pesados parece que se acercan, debido al ruido progresivo de los pasos. Tras una pausa, la luz se enciende y deja indefensos, en mitad del escenario a MARÍA y a MANUEL abrazados.

MARÍA: ¿Quién es? ¿No oyes?

MANUEL: Debe ser tu cita. Acaba de llegar.

MARÍA mira aterrada al joven y se deshace de él intentando huir, pero MANUEL no la deja.

MARÍA: ¡Suéltame!

MANUEL la agarra aún más fuertemente y la besa. MARÍA se desespera y le muerde. MANUEL lanza un grito de dolor.

MANUEL: ¡Me cago en Dios!

MARÍA consigue soltarse del brazo de MANUEL y huye por un ventanuco cuya puerta está medio rota. MANUEL, con la mano acariciando sus labios, sorprendido, se queda mirando el lugar por donde ha huido la joven.

Los ruidos de pasos han vuelto a aparecer pero ahora también lo hace su causa.

Un hombre alto y gordo aparece en la puerta de entrada. Con la luz, el decorado se percibe ya con toda claridad: Es un bar de pueblo con el añadido del escenario entarimado. Al pie del mismo, una mesa y unas sillas cojas acompañan al futbolín desvencijado.

MANUEL ve al hombre y lo reconoce. Se miran. Se miran como si fuesen extraños.

ALCALDE: Por fin has llegado.

MANUEL: Esta mañana.

ALCALDE: ¿Qué haces aquí?

MANUEL: ¿Y tú?

El ALCALDE, el tío de MANUEL, mira a su sobrino sorprendido. Sin contestarle, opta por bajar dificultosamente, cojeando, los escalones que dan acceso al bar y se encamina a la barra.

ALCALDE: Has venido al entierro, ¿verdad?

MANUEL: Sí.

ALCALDE: Pues mi más sentido pésame.

MANUEL: También era tu hermano.

El ALCALDE asiente con la cabeza.

ALCALDE: Lo era.

El ALCALDE llega hasta la barra del bar y se apoya en ella. Una vez descansado reclama la presencia de su sobrino.

ALCALDE: Ven aquí, sobrino. Te invito a una copa. ¿O acaso me rehuyes, como todos los de tu familia?

MANUEL: Tú eres familiar mío.

El ALCALDE sonrío, pero su sonrisa se hiela para acercar su mano al rostro de su

sobrino.

ALCALDE: ¿Y esa herida?

Alarga su mano a los labios de MANUEL.

MANUEL: (Aparta la cabeza.) No es nada.

El ALCALDE vuelve a sonreír, pero su sonrisa no se puede contener en un rostro tan gordo y rompe en carcajadas. Se troncha por la mitad de su cuerpo y no tiene más remedio que agarrarse a la barra para no caer. MANUEL lo mira serio. No sabe qué hacer.

ALCALDE: Buen entierro ése al que has venido.

MANUEL: ¿Qué pasa con la obra?

ALCALDE: ¿Qué obra?

El ALCALDE se esconde detrás de la barra mientras busca una botella que saca y pone encima de la barra.

MANUEL: ¿Por qué has venido a buscarme?

ALCALDE: Yo no he venido a buscarte.

MANUEL: ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no fuiste al entierro?

El ALCALDE llena una copa y se la tiende a su sobrino.

ALCALDE: Prueba este coñac. No es el matarratas que sirve Pepe.

MANUEL: Desembucha.

El ALCALDE sale de detrás de la barra con una copa en la mano y camina hacia el centro del escenario donde hay una mesa y unas sillas. Con dificultad se sienta en una de ellas.

ALCALDE: Ya te habrás enterado... en Semana Santa... Vamos a recuperar la tradición del pueblo. Una tradición del pueblo.

MANUEL: ¿Qué tradición?

ALCALDE: (Entre dientes.) La Pasión.

MANUEL: ¿Qué pasión?

ALCALDE: La de Cristo, ¡coño! ¿Cuál va a ser? Es una tradición antigua. Viene de lejos. Pregúntale al viejo Seso, ya verás como es verdad. Una obra de teatro: La Pasión. Se hacía aquí antes, seguro que tus padres te hablaron de ella.

MANUEL: No.

ALCALDE: Es igual. Vamos a darle vida a este pueblo... Vamos a conseguir que la gente venga desde lejos a verla. Nadie va a querer irse de aquí.

MANUEL: Tú eres el alcalde.

ALCALDE: Primero es la tradición. Luego viene todo lo demás.

MANUEL: Tú eres el pastor, apacienta a tus corderos.

ALCALDE: Tú también eres del pueblo, eres un hijo del pueblo, te toca un lugar en el pueblo.

MANUEL: ¿Qué lugar?

ALCALDE: Un papel en la obra.

MANUEL: No digas chorradas. No me pienso vestir de espantapájaros entre gañanes.

ALCALDE: Tienes que hacer de Cristo.

MANUEL: No me hagas reír.

ALCALDE: No es nada gracioso.

MANUEL: ¿Por qué no lo hace cualquier otro?

ALCALDE: ¿Por qué no lo puedes hacer tú?

MANUEL: Porque no quiero.

MANUEL sonrío y se sienta en otra silla, frente a su tío.

MANUEL: No voy a hacer de Jesucristo ni de nada en esa obra... Se van reír de vosotros. Se va a notar que es todo inventado, inventado por ti. No vais a engañar a nadie.

ALCALDE: No queremos a engañar a nadie.

MANUEL: Todo es mentira. Es de traca... pero si queréis hacer el ridículo, adelante. Pero no contéis conmigo. Olvidaos de mí.

ALCALDE: Tú naciste aquí, viviste aquí... No puedes dejarnos tirados en el camino.

MANUEL: Eres un farsante.

ALCALDE: Tú eres de aquí y te casarás con ésa que te ha mordido en el labio.

MANUEL: No... No pienso casarme con ella. No me voy a casar con nadie. ¿Está claro? No se me ha perdido nada aquí.

Tío y sobrino se miran fijamente. El ALCALDE se muerde los labios, pero no dice

nada. MANUEL se levanta de la mesa y deja su vaso vacío encima de la mesa.

ALCALDE: Si piensas de ese modo, ya te estás marchando.

MANUEL: ¿Es una orden?

El ALCALDE se levanta, agarra el vaso y lo arroja a la barra con toda su fuerza haciéndose mil pedazos. MANUEL sonrío. El ALCALDE se da media vuelta y sale cojeando del oscuro bar.

MANUEL lo ve alejarse y, en medio de la semipenumbra ve cómo se refleja la figura del ALCALDE, como si fuera una cámara oscura, en los cortinajes que tapan el escenario. Caminando lentamente se acerca a la pantalla del cortinaje y observa las imágenes allí reflejadas. Como si fueran movidos por una débil ráfaga de viento, los pesados cortinajes se mueven hinchándose y deshinchándose cansinamente.

OSCURO

El bar-tele-club-teatrillo del pueblo. En semipenumbra como hasta ahora. Ruidos de sillas y golpes. El PALOMO y el PIPORRO atraviesan el patio de butacas en una carrera desenfrenada por alcanzar el escenario y llegar al futbolín desvencijado que se encuentra al lado de la mesa donde se sentó el ALCALDE.

En el último instante, el PIPORRO empuja al PALOMO, que cae por los suelos, y el primero se agarra a la mesa de futbolín.

PIPORRO: Para mí el Real. Llegué primero.

PALOMO: ¡Putada! Otra vez el Aleti.

PIPORRO: ¿De qué te quejas? Tú eres del Aleti.

PALOMO: Sí, pero éste tiene tres jugadores sin patas.

PIPORRO: ¡Bah! Lo importante es la estrategia.

PALOMO: No, lo importante es el coñac.

PIPORRO: Buena idea.

El PIPORRO salta por encima de la barra y rebusca allí. Por fin su cabeza aparece por encima de la misma y su mano levanta la botella a modo de triunfo.

PIPORRO: A doparse.

PALOMO: Venga, llena.

El PIPORRO llena dos copas y ambos contrincantes se beben su contenido de un sólo trago. Compiten eructando.

PALOMO: Bueno, ya está bien. Nosotros a lo nuestro. Incluso con el Aleti te voy a dar una paliza que te vas a cagar.

PIPORRO: Pues como ganes te vas a tener que aprender la cantinela.

PALOMO: ¡Vaya problema! A mí lo que me mola es la lanza. Voy a dejar a la Agustina escocía.

PIPORRO: ¿De qué va ella, de pastora?

PALOMO: Sí, pero su madre le ha hecho un vestido con un escote que enseña hasta las anginas.

PIPORRO: ¡Bah! Pero va a ser un coñazo.

PALOMO: A mí sólo me importa la Agustina. ¿Va?

PIPORRO: Bueno.

Los chavales se ponen a jugar al fútbolín.

PALOMO: ¿Es que no está buena?

PIPORRO: Hay gustos p'a tó.

PALOMO: Vaya señorito. A saber con qué guarras te lo haces tú en la Encrucijada.

PIPORRO: Pues con las mismas que tú. Se hace lo que se puede. Además... (Chuta fuerte, pero la pelota no entra.) Tampoco hay mucho donde elegir.

PALOMO: No.

Continúan la partida sin hablar. Los ruidos de la pelota al pegar en la madera son cada vez más fuertes. Por fin un gol.

PALOMO: ¡Gol! Uno a cero.

PIPORRO: ¡Vaya mierda!

PALOMO: Y además con el Aleti.

PIPORRO: Tira.

Vuelve el juego. La concentración los hace más silenciosos. Golpes y más golpes. Un nuevo gol.

PIPORRO: ¡Gol! Empate.

PALOMO: Venga, venga.

Más golpes, más chuts: continúa el juego. Ahora, además se les oye respirar.

PIPORRO: Dos a uno. Me parece que te vas a quedar sin lanza.

PALOMO: Ahí va.

El PALOMO juega a la desesperada. Golpea y golpea. El PIPORRO rechaza los envites como puede, pero no puede siempre.

PALOMO: ¡Gol! empate.

PIPORRO: ¡Cago en la hostia!

PALOMO: Venga, venga. Saca de una puta vez.

El PIPORRO tira la bola a la mesa.

PIPORRO: El que meta gana.

El juego se hace aún más disputado. Golpes más duros que los anteriores se reparten en ambos campos. Los jadeos son mucho mayores pues los jugadores se emplean a fondo llegando incluso a casi perder el equilibrio. Por fin el desenlace.

PALOMO: ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! Gané.

PIPORRO: Ha sido suerte.

PALOMO: Ni suerte ni hostias. Venga, ¿dónde está la lanza?

PIPORRO: Y yo qué sé. La tendrá el alcalde.

PALOMO: Estoy deseando ver a la Agustina.

Ruidos de pasos y voces en el exterior. Parece que llegan de la calle. Los muchachos miran a la puerta.

PIPORRO: ¿Quién coño será?

PALOMO: Ni puta idea. ¡El coñac!

El PIPORRO salta tras la barra y esconde el coñac y las copas. Una vez que lo ha hecho corren a la puerta y la abren. Tras ella aparecen, lentamente, los vecinos del pueblo.

VOCES (OFF): Uno... Dos... Tres... Adelante. Adelante... Adelante... Izquierda... Izquierda... Izquierda... Izquierda... Vale, vale. Vale ya.

Un hombre entra en el bar y guía al grupo que se queda fuera. Es PEPE, el tabernero.

PEPE: Vale ya, ¡coño! Que me vais a joder el marco.

VOCES (OFF): Que le den por culo al marco y a la puerta juntos. Pues no pesa esto. ¡Cago en San Dios!

PEPE: Venga. A la derecha. A la derecha. Uno... Dos... Tres... Uno, dos, tres. Uno, dos, tres... Vale. Para, para. Abajo... Abajo... Venga, vamos. Uno... Dos... Tres...

El grupo de hombres entra en el bar. Entre todos cargan un gran madero que apenas cabe por la puerta del bar. Detrás del grupo de porteadores viene otro grupo igual de numeroso pero con las manos en los bolsillos observando cómo se mueve el grupo que lleva el madero y haciéndole la competencia a PEPE en dar órdenes. El PIPORRO y el PALOMO se esconden entre los recién llegados.

CHAPARRO: No hombre, no. A la derecha... a la derecha.

PEPE: Cállate Chaparro, coño. Que me vais a joder la puerta.

Los que cargan el madero se mosquean.

GURRIATO: Bueno, ¿P'a dónde tiramos? ¿P'arriba o p'abajo?

CHIVO: Eso. Poneos de acuerdo.

PEPE: Venga, vamos. Abajo... Apoyad el madero en el suelo.

El grupo intenta poner en pie el madero, pero el extremo del mismo pega con el marco superior de la puerta de entrada. PEPE les grita.

PEPE: ¡Me cago en la hostia! ¿Es que no tenéis ojos en la cara? Me vais a joder el bar.

CHIVO: Si es que no sabeis guiar.

GURRIATO: Que si a la derecha, que si a la izquierda. Es que no sabemos p'adónde ir.

CHAPARRO: Es que hay que ir en diagonal, Gurriato. A la derecha y a la izquierda a la vez.

GURRIATO: Menos guasa Chaparro y a currar.

PEPE: Venga. Vamos a poner el madero en el escenario. (Mirando al PIPORRO y al PALOMO.) Chavales. Abrid el telón.

El PIPORRO y el PALOMO se suben en el pequeño escenario que se levanta detrás de los futbolines y corren el telón. El espacio se muestra por fin a la luz como un lugar donde se almacenan trastos viejos y el polvo de siglos.

PALOMO: Esto está lleno de mierda.

PEPE: Ya lo limpiaremos. Ahora, arriba. Venga. Arriba y a la derecha. Vamos...

Uno... dos... Tres... Uno... dos... tres... Uno... dos... tres... ¡Arriba!

Con un gesto extremo de fuerza por parte del CHIVO y el GURRIATO, suben un extremo del madero encima del escenario, pero son incapaces de ponerlo de pie puesto que el otro extremo pega en el marco superior del teatrillo. El CHAPARRO se ríe.

CHAPARRO: Si es que hay que hacerlo en diagonal. ¡En diagonal!

PEPE: Venga, vamos, en diagonal.

CHIVO: ¿En diagonal?

CHAPARRO: Sí hombre. Torció. Así.

El CHAPARRO muestra con su cuerpo lo que es una línea diagonal, aunque el CHIVO no parece comprenderlo muy bien.

CHIVO: ¿Pero eso cómo es? ¿P'arriba o p'abajo?

CHAPARRO: Pues ni p'arriba ni p'abajo. En diagonal.

PEPE: Venga Chivo, tú tira p'abajo y tú Gurriato p'arriba.

GURRIATO: A mí no me tienes que explicar nada. Yo sé muy bien lo que es una diagonal.

PEPE: Pues venga, vamos. Uno... dos... tres... ¡Arriba!

Por fin logran meter el madero entero dentro del escenario. Una vez dentro, el GURRIATO introduce un extremo del madero en un agujero practicado en el suelo quedando fijo y en vertical el palo, como si fuera una cucaña.

PEPE: Ya vale. Ya vale. Perfecto. Ahí está perfecto.

Todos contemplan la obra e inspeccionan si está completamente recto. El CHIVO saca de su bolsilla una bandera de la Comunidad Europea.

CHIVO: Y ahora cómo ponemos la bandera.

CHAPARRO: Pero qué bruto eres. ¿Es que todavía no te has enterado que esto es una obra de teatro. Ahí arriba va lo de INRI.

CHIVO: Ya sé que va lo de INRI. Tengo una cruz en casa. Pero también puede ir la bandera. P'a eso la hemos comprado.

El CHAPARRO le quita la bandera al CHIVO y se encamina a la barra, encima de la cual tira la bandera.

CHIVO: ¡Habrás visto! ¡La bandera! Pepe, ponme un coñac. Pero del bueno.

PEPE se encamina a la barra sin dejar de mirar el madero. Rebusca detrás de la misma y saca la botella, la levanta y la mira al trasluz.

PEPE: Es extraño.

CHAPARRO: ¿Qué es extraño?

PEPE mira al PALOMO y al PIPORRO, que disimulan como pueden.

PEPE: Nada.

CHAPARRO: Pues sirve.

CHIVO: Eso, sirve una copa p'a todos.

PEPE saca cuatro vasos y vacía la botella en las cuatro copas. Levanta la botella y la vuelve a mirar al trasluz.

PEPE: Hasta el mes que viene no vuelve el viajante.

GURRIATO: ¡No jodas! Y vamos a hacer la obra sin coñac.

PEPE: Hombre, está el de la casa.

CHIVO: Quita, quita. Eso es veneno.

GURRIATO: Y que lo digas.

CHAPARRO: Pues no queda otro remedio. A apurar el cáliz.

Sin brindar, sino con unos movimientos toscos y alcohólicos, todos dan cuenta de sus respectivos contenidos.

Como si fueran empujados por un torbellino, un par de niños entran en el bar y se lanzan corriendo hacia la barra, de la cual se cuelgan, pues ni siquiera sus cabezas sobrepasan la altura de la barra.

NIÑOS: Enciende la tele, enciende la tele, enciende la tele.

PEPE: Hoy no hay tele.

NIÑOS: Enciende la tele, enciende la tele, enciende la tele...

PEPE: Que no hay tele he dicho.

NIÑOS: Pepe larguirucho, rata y aguilucho.

El tabernero no puede contener la rabia y le da una hostia al niño que tiene más a mano. Al recibir el castigo, los dos niños se descuelgan de la barra y ambos, incluso el que no ha recibido el bofetón, corren llorando hacia la puerta de entrada, por donde entra una mujer, a cuyas faldas se agarran llorando.

NIÑO: Mamá, mamá... El estirao me ha pegao.

MANUELA: Cállate mocosos.

MANUELA vuelve a dar otro soplamoco al mismo NIÑO agredido por el tabernero.

Sin hacerles caso, se adentra en el bar y mira el madero puesto de pie.

MANUELA: ¿Qué hace eso ahí? Hay que limpiarlo.

GURRIATO: ¡Bah! ¡Qué más da!

CHIVO: ¡Coño, Manuela! Con lo que nos ha costao ponerlo de pie.

SEÑORA: Pero si está guarrísimo. Venga, bajadlo de ahí?

GURRIATO: Pues por mí, así se quedaba.

CHAPARRO: El alcalde dijo que pusiéramos el madero en pie y nosotros lo hemos puesto.

CHIVO: Lo hemos puesto nosotros. Tú no has puesto ná. Sólo darle al pico.

GURRIATO: ¡En diagonal! ¡En diagonal! Pero de currar, ná de ná.

MANUELA: Pues decidle a vuestro alcalde que Cristo se va a poner perdido de mierda, pero que una servidora no hace de fregona y carpintera a la vez.

(Dos viejas casi esqueléticas entran en el tele-club. Como locas, aunque a pasos muy pequeñitos, se encaminan hacia una de las mesas del tele-club donde depositan unos pequeños paquetes que traen en las manos.)

VIEJA 1: ¡Mira Manuela! ¡Las perrunillas! ¡Qué ricas!

VIEJA 2: ¿Y para qué las perrunillas? ¿Estamos en Semana Santa?

VIEJA 1: Pues claro, ¡qué tonta!

Los NIÑOS se lanzan a la mesa de las perrunillas como locos, pero MANUELA los detiene con un certero tortazo.

MANUELA: ¡Echaos p'atrás! Hasta el día de la obra no se tocan las perrunillas

VIEJA 2: No, todavía no han echado capullos los rosales. Todavía no es Semana Santa.

VIEJA 1: ¡Qué tonta! ¡Qué tonta!

Por la misma puerta entra lentamente un viejo, el SESO, que lenta pero decididamente, se encamina a la mesa y coge una perrunilla que come.

SESO: Perrunillas, ¡qué ricas!

MANUELA se enfada y reprende al viejo.

MANUELA: Tío Seso, es usted igual de niño que ellos.

SESO: Perrunillas. Como cuando la obra.

GURRIATO: ¿Qué obra?

SESO: Pues la obra. La obra. Hace mucho tiempo... Antes de la guerra.

CHAPARRO: O sea, que es verdad. Que la obra se hacía antes en este pueblo.

SESO: ¡Uyyy! Pero hace mucho tiempo.

GURRIATO: ¿Y usted se acuerda, tío Seso?

SESO: Perfectamente.

Sabiéndose el centro de atención de los presentes, el viejo SESO se calla y muerde su perronilla para saborearla lentamente y poder tragarla en su boca sin dientes.

GURRIATO: ¿Y dónde se hacía la obra? En el tele-club.

CHAPARRO: ¿Cómo se iba a hacer en el tele-club, si antes no había tele?

CHIVO: ¿Ah, no?

GURRIATO: Bueno, vale, pero dónde se hacía. Eh, tío Seso, ¿dónde se hacía la obra?

SESO: ¿Dónde se iba a hacer! ¡En la iglesia!

GURRIATO: ¿En la iglesia?

SESO: Claro, claro. En la iglesia. Y luego se iba por la casas a comer perrunillas.

CHAPARRO: ¿Perrunillas?

SESO: ¡Qué ricas!

VIEJA 1: Claro que están ricas. Sí señor, las perrunillas están muy ricas, muy ricas.

VIEJA 2: El trigo no levanta dos cuartas y además el lobo todavía no ha bajado. ¿Cómo vamos a hacer perrunillas?

VIEJA 1: Sí, sí que están ricas. Claro que están ricas. Son perrunillas.

Dificultosamente, el ALCALDE aparece en la puerta del local y comienza a bajar los escalones. Todos callan, menos el viejo SESO, que sigue saboreando su dulce.

ALCALDE: Bueno, ¿qué es esto? ¿Todavía está todo esto así? Comiendo y bebiendo y sin dar ni golpe. ¡Vamos, hay que arreglar todo esto! ¡Hay que hacer un ensayo!

GURRIATO: ¿Un ensayo?

SESO: Claro, claro. Hay que aprenderse el recitado.

GURRIATO: ¿Qué es eso del recitado?

SESO: La poesía, hijo, la poesía.

CHAPARRO: ¿La poesía? ¿Pero no vamos a hacer una obra de teatro?

GURRIATO: Eso.

ALCALDE: No hagais caso a ese viejo chiflado. Venga, esto tiene que estar decente. Hay que ensayar la obra.

CHIVO: Bueno, pero ¿quién va a hacer de Cristo?

PEPE: ¿Va a venir Manuel?

GURRIATO: ¿Lo sabe ya?

El ALCALDE se aleja de sus contertulios y se acerca al lugar donde están sentados el PALOMO y el PIPORRO, al pie del escenario.

ALCALDE: Sí, ya lo sabe. Pero él no va a ser Cristo. El Cristo va a ser éste.

El ALCALDE pone su brazo encima del hombro del PALOMO. El chaval se asusta y se quiere escapar levantándose, pero el ALCALDE lo ha agarrado fuertemente por el brazo.

ALCALDE: Éste va a ser nuestro Cristo. Sí, señor, El nuevo Jesucristo de este pueblo.

OSCURO.

El tele-club vacío. Todo está medio ordenado, pero la mayoría de la gente ha desaparecido. Tan sólo el PIPORRO y el PALOMO juegan desganadamente al fútbolín. El COTO, el tonto monaguillo, los observa sin interés.

PALOMO: Para una vez que me iba a divertir.

PIPORRO: No necesitas ninguna lanza para tocarle las tetas a la Agustina.

PALOMO: Tú no entiendes nada.

PIPORRO: Aprovecha otros momentos... Y si te da vergüenza, pues le metes mano en el campo... Cuando recoja las aceitunas.

PALOMO: ¿Y tengo que esperar a las aceitunas?

PIPORRO: ¡Hombre no! ¡Yo qué sé! Cuando recoja las vacas... a la caída de la tarde.

El PALOMO no está muy convencido y pega una gran golpe a la bola del fútbolín

generando un gran ruido.)

PALOMO: ¡Maldita obra!

PIPORRO: Venga, venga, Palomo. Que no es p'a tanto.

PALOMO: Y además me tengo que aprender el recitao.

El PIPORRO tira otra bola a la mesa.

PIPORRO: No será tan difícil. Ya se lo habrás oído contar alguna vez al cura. ¿No es una tradición?

PALOMO: Pero qué tradición ni qué leches. La única tradición que tenemos en este pueblo es tirar al Coto al Pozo Verde en Nochevieja.

PIPORRO: Pues podían subvencionar eso. Además lo hacemos con gusto.

El COTO parece volver en sí y atiende la conversación de los dos chavales. Se levanta y les grita agarrándose a la mesa del fútbolín.

COTO: Sois unos cabrones, joputas y chorizos. Además estais salíos. Estais llenos de pecado.

El PALOMO y el PIPORRO se ríen del tonto a la vez que el PIPORRO le pega algún golpecito en la espalda.

PIPORRO: ¡Vaya gracia que tienes, cacho tonto!

PALOMO: El Cristo tenías que ser tú. Te teníamos que colgar ahí arriba como en el Pozo Verde, para que recitaras todas esas bobadas que sabes de la Iglesia, so beato.

COTO: ¡Impíos, blasfemos, miserables! El reino de los cielos no está hecho para semejantes animales.

PALOMO: Pues sabes qué te digo, Coto. Que lo que tú eres es un bujarrón. Siempre metido en la iglesia... No sales a ningún sitio, ni te van las tías. Eres es más marica que un palomo cojo. ¿verdad Piporro?

PIPORRO: No le cabe ná.

COTO: Pues tú Palomo, eres un cagao, que no tienes huevos de ligarte a la Agustina. Se te caen los calcetines cada vez que te acercas a ella. ¡Sí señor! Un cagao y un cobarde. Eso es lo que eres.

El PALOMO se enfada y, de un gran bofetón, queda clavado y en silencio al tonto quien, sujetándose la cara con una mano, se queda mirando fijamente a su

agresor.

El COTO reacciona y escupe al PALOMO y corre. El PALOMO le persigue con la intención de agredirle, esta vez mucho más contundentemente. El PIPORRO se ríe, pero según avanza la pelea y ve el odio en el rostro de PALOMO, reacciona.

PIPORRO: ¡Déjalo ya, Palomo! No es más que un tonto.

PALOMO: Aunque sea tonto, tiene que aprender. Tiene que aprender a obedecer. Tendrían que pagarnos por darle de hostias al bobo éste.

Perseguido y perseguidor dan vueltas a la barra del bar intentando uno escabullirse y el otro atraparlo. Cara a cara, a muy poca distancia, aunque separados por la barra, se lanzan improperios.

COTO: Palomo, cacho alcornoque, ignorante y zote. No sabes nada... Nada de nada. Cuando mueras no sabrás que te llegó tu hora y te quedarás atrancado en la caja. Ni muerto ni vivo, porque yo no sacaré la cruz por el pueblo mendigando piedad para que Dios se acuerde de que moriste y te lleve al otro mundo. No diré ni una palabra, no señor, y te quedarás atrancado a mitad de camino, entre cuatro tablones. No voy a sacar la cruz. Te pudrirás en la caja tú solito y serás pienso para las ratas porque no voy a sacar la cruz por ti. ¡Desgraciado!

El PALOMO vuelve a levantar la mano, pero el COTO corre huyendo de él camino de la puerta, pero en ella se choca con la figura de un hombre gordo, inmenso, que casi no deja entrar la luz del exterior. Además, viste de sotana. Es el CURA del pueblo.

CURA: Malditos rufianes... ¿Dónde vas tú, alelado?

COTO: El Palomo me quiere matar.

CURA: No se perdería nada porque lo hiciera. Y tú, cebollino, ¿qué te ha hecho este alma cándida?

PALOMO: Me saca de mis casillas.

CURA: ¡Valiente idiota! ¿Te come la moral un bobo? Pocas casillas tienes entonces.

COTO: Me ha soltao una hostia que todavía me pitan los oídos. He visto las estrellas.

CURA: Más tienes que recibir. A ver si entras en razón.

El CURA vuelve su mirada de nuevo al PALOMO y sonríe. Lentamente se acerca a  el.

CURA: Con que tú eres Jesús, el de Nazareth.

PALOMO:  Yo?

CURA: S , claro, el Cristo.

PALOMO: Ah bueno, sí. Me había confundido con lo de Nazaret.

El COTO se apresura a coger el maletín del CURA como si de esta manera se previniera de los golpes del PALOMO. El CURA, andando lentamente, se acerca al escenario y lo observa detenidamente.

CURA: Con que aquí se va a levantar la cruz.

Los chavales observan en silencio al CURA, que se da media vuelta y vuelve hacia una de las mesas del bar, coge el maletín de las manos del COTO y lo abre sobre la mesa. Mira al COTO y le grita.

CURA: Venga, vamos. Ayúdame.

El tonto se acerca a su jefe con diligencia y sujeta el instrumental que el CURA saca de la maleta, mitad de barbero, mitad de doctor. Con una rapidez de profesional, el CURA coge sus cachivaches y se dirige de nuevo al escenario, el cual bendice con el agua bendita que, en un recipiente, sujeta el COTO.

CURA: In nomine patris, filii, et Spiritu Sancti.

R tmicamente, como si estuviera fumigando el sucio escenario, el CURA esparce gotitas de agua a todo lo ancho de la boca del tablao. Cuando se queda sin combustible da por terminada la operación. Vuelve a la mesa y dirige la mirada al PALOMO.

CURA: A ver, Jesucristo, ven aquí.

El CURA se sienta en una silla y espera a que se acerque el muchacho, que no sabe qué hacer, mira interrogantemente al PIPORRO, que se encoge de hombros.

CURA:  Vamos! Que no tengo todo el día.

PALOMO: Alto, alto. No vaya tan rápido, señor cura.

CURA:  Qu  tripa se te ha roto?

PALOMO: Pues, verá. Es que todavía no me s  el papel.

CURA: No te preocupes. Yo no soy el director de escena.

PALOMO: ¿Entonces? ¿Qué quiere hacer?

CURA: Confesarte, hijo, confesarte.

PALOMO: ¿Confesarme? ¿A mí?

CURA: Has sido el elegido por la fortuna.

PIPORRO: Pero si hace lustros que no se confiesa.

CURA: Ya lo sé. Tiene mucho que contar.

PIPORRO: Y tanto...

CURA: Tú tampoco te vayas, que también tienes que pasar por el confesionario.

PIPORRO: Pero si yo no hago de Cristo. Yo soy un pastor, un pastor de ovejas, un civil.

PALOMO: Sí, diga usted que sí. Que se confiese también. Los pastores también son sagrados. Salen en la Biblia.

PIPORRO: ¡Tú qué sabrás lo que sale en la Biblia!

PALOMO: Claro que lo sé. Bien que lo sé.

CURA: Venga, arrodillaos los dos a la vez.

PIPORRO: Espere, espere un poco... Hagamos examen de conciencia.

CURA: No hace falta examen. A ver Palomo. ¿Te tocas?

PALOMO: No señor cura, claro que no. Ya hace mucho que... no.

CURA: Eso quiere decir que vas a la Encrucijada. ¿Y tú?

PIPORRO: No, no, no. Yo todavía me toco.

El CURA golpea al PIPORRO con un fuerte capón en la cabeza. El chaval grita y se arrasca la cabeza.

CURA: Mientes. Tú también vas a la Encrucijada.

PIPORRO: ¿Quién se lo ha dicho? ¿La Perlita?

CURA: Y encima con la Perlita. La más guarra.

PIPORRO: El dinero no da para más.

PALOMO: ¿Y usted cómo es que conoce a la Perlita, señor cura?

El PALOMO se gana un nuevo pescozón del CURA.

CURA: ¡Cállate! Aquí el que hace las preguntas soy yo. Ahora rezad veinte señor míos jesucristos y doce salves. Y ojito con pecar antes de la obra, que me entero de todo. ¡Tú Coto! Ayúdame con todo esto.

COTO: Mándeles más salves. Van casi a diario.

El CURA se quita su casulla sin hacer caso al tonto, que sigue relatando las aventuras de los castigados.

COTO: No salen de la Encrucijada en todo el día.

El ALCALDE entra por la puerta y observa la escena. Cojeando como siempre, baja las escaleras y se acerca al CURA.

ALCALDE: ¿Qué hace el Cristo?

CURA: Metiéndose en su papel.

ALCALDE: Tenemos que ensayar.

CURA: Pues esperas.

ALCALDE: ¿Qué le has mandado? ¡Maldita sea!

CURA: Lo de la Encrucijada.

ALCALDE: ¡Me cago en la leche! ¡Que los rece en casa!

CURA: ¿Y que Dios le perdone a plazos? ¿Aquí quién es la autoridad eclesiástica?

ALCALDE: Lo sabía. Lo sabía. Sabía que si la Iglesia se metía en esto, habría problemas.

CURA: No son problemas... Digamos que son royalties.

ALCALDE: ¿Qué es eso?

CURA: ¿No te lo han dicho en la Comunidad Europea?

ALCALDE: No.

CURA: Digamos que son... derechos de autor.

ALCALDE: ¿Derechos de autor?

CURA: No te preocupes. Sólo le deben de quedar cinco o seis salves.

El resto de los paisanos van entrando poco a poco en el tele-club. El CURA recoge su maletín y sale del lugar seguido por el COTO que carga con el maletín.

ALCALDE: Muy bien. ¡No os quedéis ahí plantados! ¡A trabajar! Hay que empezar el ensayo.

Desganadamente, uno por uno, todos los asistentes van agarrando sus utensilios de limpieza y empiezan a limpiar el decorado. El PIPORRO y el PALOMO continúan rezando y mirando de reojo a los villanos medio avergonzados. Todos están mano a la obra. Unos barren, otros colocan objetos a modo de atrezzo.

Golpes de martillo y voces de trabajadores que se comunican entre sí. El ALCALDE, con mirada atenta, observa la actividad desviando sus ojos de los trabajadores a los orantes.

Mientras tanto, una señora empuja a su hija y la sube encima de la mesa del bar para poder terminar de coser el vestido que porta la joven que, dicho sea de paso, está bien metida en carnes. El vestido es de un color rojo muy llamativo.

PIPORRO: Palomo, mira. La Agustina.

El PALOMO vuelve la cabeza hacia la joven que está subida sobre la mesa y la mira con los ojos abiertos de par en par. Ninguno de los dos quita ojo, pues en la operación de costura, la MADRE, con movimientos rápidos que reflejan una gran profesionalidad, levanta de vez en cuando la falda más de lo debido.

De repente, una voz proveniente del escenario, llama la atención a todos sobre la operación de costura.

MANUELA: No hace falta que venga vestida. Esto sólo es un ensayo.

SEÑORA: Déjala. Así se va acostumbrando.

La SEÑORA da las últimas puntadas y da por terminada su obra. Se retira un poco de la mesa para obtener un mejor punto de vista sin dejar de observar a su hija.

SEÑORA: A ver, date la vuelta.

La hija obedece meneándose cual modelo encima de la mesa. El PALOMO y el PIPORRO levantan aún más la cabeza para no perderse nada del espectáculo.

SEÑORA: Está guapa, ¿verdad?

MANUELA: Y que lo digas.

Todo el mundo en el escenario ha detenido su trabajo. Hasta incluso el ALCALDE contempla boquiabierto el prodigio.

SEÑORA: Es bonito el vestido, ¿Verdad, Manuela?

MANUELA: Sí, sí que lo es.

SEÑORA: ¡Y qué bien le sienta!

El ALCALDE da un paso adelante y se acerca a la mesa observando concienzudamente traje y modelo.

ALCALDE: ¿Se puede saber qué es eso?

SEÑORA: Es mi hija, señor alcalde... La Agustina.

ALCALDE: Ya sé que es la Agustina, me refiero a lo que hay encima de la Agustina.

SEÑORA: Pues qué va a ser. Su vestido... Su vestido nuevo... Para la obra.

ALCALDE: Y se puede saber de qué hace la Agustina en la obra.

SEÑORA: Claro que se puede saber. Usted mismo lo mandó. Hace de pastora. De pastora, de campesina.

ALCALDE: ¿Y crees que eso es un traje de pastora?

SEÑORA: Hombre, es un traje de fiesta. El Jueves Santo es fiesta.

ALCALDE: El Jueves Santo es fiesta, pero nosotros no vamos a ir a ninguna fiesta, nosotros vamos a venir aquí para hacer una obra de teatro, no un baile de debutantes, ¿te enteras? Esto es una obra de teatro, y hay que guardar la verosimilitud. ¿Qué pensarías tú si en una película del Oeste vieras a una moza vestida de lagarterana?

SEÑORA: Pero la obra no es ninguna película.

ALCALDE: ¡Da igual! No se hable más. Ahora mismo le quitas ese vestido y la vistes con túnicas y harapos. Tiene que ser judía. Una pastora judía.

SEÑORA: ¡Ah, eso sí que no! Mi hija es muy decente, no es ninguna judía.

ALCALDE: Ya sé que no es ninguna judía. Pero es una pastora en Jerusalem y en Jerusalem, en tiempos de Cristo, todos, excepto los romanos, eran judíos.

SEÑORA: Así le fue al pobre.

VIEJA: Los judíos tuvieron la culpa de todo.

VIEJA 1: Sí, escupieron en la cruz.

VIEJA: Y la quemaron.

VIEJA 1: Por eso luego hicieron la obra.

VIEJA: ¡Ah, ya me acuerdo!

VIEJA 1: Pero nunca comieron perrunillas.

VIEJA: Claro que se comía perrunillas. Era Semana Santa.

ALCALDE: ¡No lo voy a repetir más veces! Si quieres participar en la obra, quítate eso. ¡Vamos!

La AGUSTINA baja corriendo de la mesa y se abraza a su madre llorando.

AGUSTINA: ¡Mamáááá!

La MADRE la recibe en sus brazos y la consuela.

SEÑORA: No te preocupes hija. ¡Menuda obra van a hacer con tantos harapos!
¡Cómo va a quedar este pueblo! ¡Va a parecer un pueblo de mendigos! Esto ni es obra, ni es ná.

ALCALDE: Vamos, a trabajar. ¡Todo el mundo a trabajar! Vosotros dos, beatos, ¿habéis terminado ya?

PIPORRO: Sí, sí... Creo que ya.

ALCALDE: Pues ¡manos a la obra! No tenemos tiempo. Hay que preparar un ensayo. Sí señor. ¡Un ensayo!

La AGUSTINA y su MADRE salen abrazadas del tele-club en el mismo momento en que MARÍA hace su entrada en el mismo. Apenas se fija en la pareja que sale, sino que descubre al PALOMO y se dirige a él atravesando el escenario.

MARÍA: ¿Has visto a Manuel?

PALOMO: Ya se habrá ido.

Una voz de los que trabajan en el teatrillo del fondo avisa sobre un pequeño accidente.

VOZ: ¡Cuidadoooo!

Un tablón cae al suelo levantando un gran ruido y no menos polvo. Voces de reproches y vuelta a empezar con martillazos.

MARÍA: No, aún no ha llegado el autobús.

El COTO, como si hubiera sido atraído por un imán, se suma al grupo.

COTO: Yo lo vi sentado en el río. No quería hablar con nadie... No fue a su casa. Paseaba por la orilla del río. Y no decía nada.

MARÍA mira fijamente al tonto. Se da media vuelta y sale corriendo del tele-club.

El ALCALDE aparece en el escenario y, a voz en grito, llama la atención a los chavales y a los transeúntes del bar.

ALCALDE: ¡Todo el mundo a su sitio, vamos a empezar. ¡Pepe! ¡Corta la luz!
OSCURO.

Oscuro total. Después de un tiempo, algunas pisadas revelan que los actores están tomando posiciones. Un suspiro, algún jadeo. Una tos.

Repentinamente, una luz se enciende e ilumina el espacio central del pequeño escenario. Un espacio vacío.

De un salto, el COTO, con una carreta de golosinas, entra dando voces.)

COTO: Pipas, caramelos, palomitas... Al rico chochito. Pipas, caramelos, palomitas... Y también tengo conguitos de los negritos. ¡Demos gracias al Señor! Pipas, caramelos, palomitas... Pipas, caramelos, palomitas...

La voz del ALCALDE se oye dentro. El COTO despliega su tenderete en medio del escenario como si de verdad fuera a vender su mercancía.

ALCALDE (DENTRO): ¿Pero qué hace ahí todavía? Vamos, que salga ya.

PEPE (DENTRO): A ése ya no hay quien lo saque.

ALCALDE (DENTRO): Me cago en tó lo que veo. Que salgan los romanos y se lo lleven. Sí eso es muy dramático. Vamos, los romanos... Piporro, ¡sal!

PIPORRO (DENTRO): ¿Y qué hago?

ALCALDE (DENTRO): Que salgas, ¡coño!

COTO: Compren señoras, compren caballeros. Pipas, caramelos, palomitas, chochitos y conguitos. Y también tengo gusanitos, kikos y almendras.

Garrapiñadas, con y sin pellejo... Pipas, caramelos, palomitas... ¡Te alabamos señor!

Como si fuera empujado, el PIPORRO entra en escena sin saber qué hacer. Mira hacia el lugar de donde viene, a un lado oculto del escenario, como si esperara recibir noticias, pero no se entera de nada. Vuelve su mirada al COTO que continúa voceando su mercancía.

COTO: Compre, señor, compre. ¡Magnífico día, verdad!

El PIPORRO se acerca al COTO, que le ofrece una bolsa de pipas. Sin embargo, el romano responde con un sonoro bofetón. El COTO se le queda mirando boquiabierto sin saber por qué le ha caído ésta. El PIPORRO no sabe qué decir, pero salva la situación balbuceando.

PIPORRO: Vamos, circula.

COTO: Éste es un país libre.

PIPORRO: ¡Un huevo! Esto es el Imperio Romano.

El PIPORRO vuelve a levantar su mano en ademán de volver a pegar al tonto,

pero éste levanta el tenderete y huye hacia un rincón del teatrillo.

Una banda de música comienza a tocar un pasodoble. El PIPORRO vuelve su cabeza hacia el lugar por donde él mismo salió y descubre la aparición de una comitiva que avanza hasta el centro del escenario. El PALOMO, al frente, vestido de JESUCRISTO, trastabilleando, carga con un gran madero en forma de cruz.

MARÍA se acerca a él y le limpia el sudor de la cara con un paño. Todo lo hacen de la manera más natural, sin actuar o, todo lo contrario, sobreactuando.

MARÍA mira el paño y comienza a llorar. Sobre él está dibujado el rostro de JESUCRISTO. El ruido crece y el ambiente se caldea. Los acompañantes de JESÚS comienzan a gritar.

GENTES: ¡Con que el rey de los judíos! Ja, ja, ja...

Si eres hijo de Dios, sálvate...

?so, dile que mande cien ángeles y te lleven de aquí.

Ja, ja, ja...

Maldito embustero, nos engañaste a todos, paga ahora, por impío y por blasfemo. Rey de los judíos, rey de los judíos.

GURRIATO: Dame unas palomitas, Coto.

COTO: Veinte duros.

GURRIATO: ¿Has visto al bobo? Nos cobra hasta en la obra.

CHAPARRO: Menudo negocio tiene montado.

CHIVO: Silencio, ¡Coño!

Frente a JESUCRISTO, desde el otro lado del escenario, entra el ALCALDE, ataviado también con ropas que, de alguna manera, se parecen tanto a las de un gobernador romano como a las de un bandolero de Sierra Morena.

JESUCRISTO cae de rodillas ante él, al parecer cansado. Los romanos lo levantan y lo colocan en la cruz.

SEÑORA: ¡Eh! A ver los de delante, que se agachen, que no nos dejan ver.

CHIVO: No nos podemos agachar. Hay que estar de pie por respeto a los muertos.

MANUELA: Mucho respeto a los muertos, pero a los vivos ná de ná.

Con gran esfuerzo ponen al PALOMO encima de una silla pegado a la cruz. El PALOMO pone sus brazos también en cruz. El ALCALDE se adelanta y se coloca

frente al chaval.

GENTES: Mirad, mirad. Es Poncio Pilatos... El gobernador. ¡Malditos romanos! A que el hijoputa va y se lava las manos!

Todos miran al ALCALDE con atención, con pose de atención, mejor dicho. El ALCALDE se hace de rogar, carraspea dándose importancia, pero no dice nada. Hay una pausa grande, la gente casi no puede mantener el equilibrio en sus poses aprendidas hasta que por fin el ALCALDE se da media vuelta y mira al público inexistente del tele-club.)

ALCALDE: Sí, ejem. Sé que es tradición entre vosotros liberar a un preso en Pascua.

Repentinamente se calla, mira a todos los presentes con ojos muy abiertos, casi con cara de miedo. Los actores siguen aún parados, guardando el equilibrio esperando a que el ALCALDE acabe.

ALCALDE: Es tradición entre vosotros... Así que elegid. ¿A quién queráis liberar? ¿A Jesús o... o al asesino Barrabás?

GENTES: A Barrabás ¡A Barrabás! ¡A ese cabrón de Barrabás! ¡Cagoen Dios!

ALCALDE: Tened en cuenta que Barrabás es un asesino.

El pueblo grita más fuerte aún.

GENTES: ¡A Barrabás! ¡A Barrabás! ¡A Barrabás!

ALCALDE: Está bien. Vosotros lo habéis querido.

PEPE el tabernero, ataviado con una túnica que no oculta su camisa de camarero, ofrece al ALCALDE una palangana llena de agua donde se lava las manos.

ALCALDE: Yo no soy cómplice de la muerte de un inocente. Me lavo las manos.

CHIVO: ¿Qué te decía? Ya se las lavó.

ALCALDE: Que sea como vosotros queráis.

Un rugido sale de las gargantas del pueblo.

GENTES: ¡Venga! Arriba con él.

Cogen al PALOMO y lo atan a la cruz, la cual levantan en alto dejando los pies del JESÚS colgando, sin el apoyo de la silla.

El PALOMO, colgado en lo alto, levanta su cabeza y mira a los paisanos, que lo miran boquiabiertos en posiciones congeladas, aprendidas. Procuran no moverse.

El PALOMO los mira a todos uno por uno y se queda mirando a la AGUSTINA, que está delante de él en primera fila, sin el vestido rojo, pero con un gran escote en sus harapos. La gente insulta a voz en grito al CRISTO.

GENTES: Con que éste era el que destruía el templo y lo reedificaba en tres días.
¡Sálvate a ti mismo, si eres hijo de Dios, y baja de esa cruz!

A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse.

¡Rey de Israel!

Que baje ahora de la cruz y creeremos en él.

Confiaba en Dios, líbrele ahora si es que le quiere.

La luz baja en intensidad y casi se queda a oscuras el escenario. El PALOMO levanta la mirada. PEPE el tabernero pone en marcha un cassette y suena un trueno. Los actores cambian de posición para tomar otra diferente volviendo a congelar sus posturas, ahora de terror. El PALOMO abre la boca para hablar.

PALOMO: Eloí, Eloí...

El PALOMO calla repentinamente. Los paisanos no pueden guardar más el equilibrio. Alguno baja la cabeza y se frota el cuello, molesto de tanto mirar hacia arriba.

CHAPARRO: ¿Qué pasa?

GURRIATO: Está llamando a Elías.

PALOMO: Eloí, Eloí...

CHIVO: Vamos hombre. Que eso ya lo has dicho antes.

PALOMO: Eloí... (Traga saliva.)

Agustina, Agustina... Te quiero. Te quiero, Agustina.

Aunque sorprendido, nadie se mueve. Mantienen su posición congelada, pero se miran los unos a los otros. De repente, AGUSTINA, comienza a llorar y sale corriendo del escenario y del tele-club.

ALCALDE: Pero, ¿qué dice ese gilipoyas?

PALOMO: Agustina... Agustina... ¡No te vayas!... Agustina... ¡Agustina!

Los asistentes parecen reaccionar por fin. Primero unos y luego otros, al final todos, rompen a reír. La MADRE de AGUSTINA se retira del lugar enfadada.

SEÑORA: ¡Habrased visto! ¡Semejante desfachatez! ¡Sacrilegio! (Sale.)

PEPE: Piporro, cierra el telón.

Sin dejar de mirar atrás y sin soltar su lanza, el PIPORRO cierra la cortina que oculta el escenario del bar y tele-club a la vez.

OSCURO.

Subido encima de la tapia del cementerio, MANUEL contempla silencioso, lo que al espectador le queda oculto y supone que es el cementerio, pues alguna cima de alguna que otra tumba sobresale por encima de la tapia, al pie de la cual reposa el petate del muchacho.

MARÍA llega al pie de la tapia y observa al chaval, que rápidamente se da cuenta de la presencia de la joven.

MARÍA: ¿Qué haces aquí?

MANUEL: Es el único lugar solitario de este pueblo.

MARÍA: ¡Qué va! Es el más habitado.

MANUEL vuelve la mirada al interior del cementerio.

MANUEL: Estoy esperando el autobús.

MARÍA echa una mirada al petate de MANUEL.

MARÍA: Ya tardará poco.

MANUEL vuelve a mirar a MARÍA y baja de la tapia de un salto. Frente a frente, los dos jóvenes se miran a los ojos.

MANUEL: Vente conmigo. El autobús pasará dentro de una hora. Te da tiempo a hacer las maletas.

MARÍA: ¿Por qué yo?

MANUEL: No volveré nunca más a este pueblo.

MARÍA: Pero... ¿Por qué ahora?

MANUEL: Te quiero.

MARÍA: Nunca me dijiste eso... Nunca dijiste que me quer?as.

MANUEL: María, tú tampoco tienes nada que hacer aquí. Se han vuelto locos. Una bocanada de aire remueve los vestidos de los jóvenes. MARÍA se frota sus brazos desnudos.

MARÍA: Hace frío.

MANUEL: Maldita sea, esto se muere, ¿es que no lo ves? El peso de los muertos es más grande que el de las ideas. Aquí te pudrirás.

MARÍA: Pero... Estaríamos solos.

MANUEL: Sólo eso puedo ofrecerte.

MARÍA acerca sus dedos a los labios de MANUEL.

MARIA: ¿Te duele?

MANUEL: No... Apenas.

MARÍA abraza por el cuello a MANUEL y lo besa. MANUEL la abraza por la cintura y la aprieta contra sí.

Repentinamente, la brisa se convierte en vendaval. La pareja se deshace.

MARÍA: ¿Qué pasa? Está nevando.

MANUEL: Sí...

MANUEL alza su mano para comprobar que es verdad que nieva. Poco a poco, la imagen los corrobora. Pequeños copos de nieve caen delante de la empalizada del cementerio.

A lo lejos se oyen las voces de los muchachos del pueblo.

COTO (DENTRO): Mirad, mirad. Está nevando... Está nevando.

PIPORRO (DENTRO): Pero si aquí no nieva nunca.

MANUEL: ¿Te vienes?

MARIA: ¿Me quieres?

MANUEL: Te quiero.

MARÍA se abraza a MANUEL y vuelven a besarse. Las voces del COTO y los chavales siguen oyéndose sorprendidas por la nevada.

COTO (DENTRO): El autobús no viene hoy... La carretera está cortada.

MARÍA y MANUEL no se despegan de su abrazo. El COTO sigue gritando en la lejanía.

COTO (DENTRO): ¡Es la gran nevada! La nevada del siglo. ¡Que Dios nos perdone!

PIPORRO (DENTRO): La que está cayendo, cagoen Dios. ¡Palomo! ¡Palomoooo!

¡Está nevando! ¡Está nevando!

(Los enamorados se despegan. Se miran y sonr?en.)

MARÍA: Creo que no me voy... Ni tú tampoco.

MANUEL: Tarde o temprano me iré, y tú conmigo. Nada me retendrá en este maldito pueblo.

MARÍA vuelve a sonreír, pero la sonrisa se convierte en carcajada. Divertida, se abraza de nuevo a MANUEL para no caer muerta de risa.

En el tele-club, una ventana está abierta. Parece que es la primera vez que se ha abierto en muchos años, pues sus hojas están desvencijadas y los cristales rotos. Afuera se descubre un inmenso paisaje nevado: la plaza del pueblo. El pueblo aparece medio abandonado con una sábana blanca por encima. Hasta los árboles parecen estar tapados por la nieve.

Los gritos de los chavales que juegan con la nieve se introduce en el tele-club por la ventana. Sus figuras pasan corriendo de un lado a otro de la ventana. El CHIVO se detiene al otro lado de la ventana, coge un poco de nieve y mira hacia el cielo.

CHIVO: ¡Bah! Esto no cuaja.

Una cabeza calva y desnuda aparece también enmarcada por la ventana: es la que pertenece al viejo SESO.

SESO: Es como cuando la gran nevada... La nieve es mala.

CHIVO: La nieve ni es mala, ni buena. Esto no cuaja, lo digo yo.

SESO: La nieve es mala. Se congelan los sesos y la gente se queda dormida. La última vez nevó durante todo el año. Las vacas se murieron porque no podían encontrar la hierba debajo de la nieve. Los árboles no dieron fruto durante mucho tiempo.

PIPORRO: Deje de contar batallitas, viejo Seso.

SESO: ¿Sabéis por qué ocurrió aquello?

PALOMO: Sí, yo lo sé. Por las glaciaciones. Nos lo han dicho en el colegio, y que el pico de las Zorras era un glaciar.

SESO: Lo que yo digo fue mucho antes.

PALOMO: Viejo Seso, usted no sabe nada. Las glaciaciones fueron antes que nada, ¿verdad que sí Piporro?

PIPORRO: Yo es que ese día no fui a clase.

SESO: La nevada fue terrible... Mortal. Todos murieron: los hombres, las mujeres, los animales... hasta los curas. Murieron casi todos. Y todo fue porque ese año no se hizo la obra. No se hizo la Pasión y Dios les castigó señalándoles con el dedo.

PIPORRO: ¿Pero cómo va a ser por eso, abuelo? ¿No ve que no es lógico?

PALOMO: Usted ya chochea.

SESO: Ignorantes. Vosotros seréis los primeros en caer porque no estáis acostumbrados a las privaciones y renunciaciones. Os moriréis como cigoñinos en verano. Ahogados de no poder respirar.

PALOMO: El abuelo no cambiará nunca.

COTO: ¿Saco la cruz y doy una vuelta por el pueblo a ver si se derrite la nieve? Una bola de nieve se estampa en la cara del tonto, que se acaba de acercarse al grupo.

PALOMO: La nieve ni la toques.

COTO: Palomo, botijo, con cerebro de amasijo. orejón, cabrón, bujarrón...

El PALOMO sale corriendo detrás del COTO, que huye temeroso de la reacción del PALOMO.

PIPORRO: ¡Déjalo, Palomo! Es un pobre chaval.

SESO: Pobre chaval, je, je, je... ¡Pobre chaval tú! Je, je, je... ¡Pobre chaval!
¡Pobre chaval! Je, je...

El anciano se retira de la ventana y se aleja del lugar repitiendo todavía la misma frase que se le ha quedado en los labios como si fuera un soniquete. Unos pasos se oyen en el tele-club. MANUEL y MARÍA entran en el tele-club y se secan las ropas. Un pausa para tomar la respiración y MARÍA besa de nuevo a MANUEL.

El PIPORRO mira por la ventana y descubre a la pareja.

PIPORRO: ¿Qué hacéis ahí? Vamos fuera, está nevando. Nunca nieva en el pueblo.

MARÍA se suelta de la mano de MANUEL y sale del lugar para reaparecer al momento al otro lado de la ventana cogiendo bolas de nieve. MANUEL se queda dentro, pero se acerca a la ventana para observar a MARÍA, que lanza su bola de nieve contra MANUEL, pero se estrella en el quicio de la ventana haciendo gran ruido.

MARÍA ríe divertida, pero otra bola le da a ella. La guerra en la plaza se ha iniciado.

Una voz desde dentro del tele-club llama la atención de MANUEL.

ALCALDE: Veo que te ha gustado este pueblo.

MANUEL se da media vuelta y mira entre la oscuridad del tele-club. Sentado en su mesa, el ALCALDE observa las operaciones. MANUEL lo descubre por fin.

MANUEL: Me voy ahora mismo.

ALCALDE: Quédate el tiempo que necesites. Éste es un país libre y un pueblo acogedor.

MANUEL recoge su petate del suelo.

MANUEL: Prefiero no molestar.

ALCALDE: El bar es un lugar público.

MANUEL: Habrá partida.

ALCALDE: No hay partidas en Semana Santa.

MANUEL: De todas formas...

ALCALDE: De todas formas te andaba buscando.

MANUEL: Entre nosotros todo está dicho.

ALCALDE: No. No todo. Tú serás responsable de lo que ocurra aquí. Te quieres llevar a una mujer de este pueblo sin pagar.

MANUEL: Esto no es la Encrucijada.

ALCALDE: Tienes que pagar de todas formas. Es una cuestión de vida o muerte.

MANUEL: ¿Quieres que le dé la puntilla?

ALCALDE: No es más que una obra de teatro.

MANUEL: Hay otros jóvenes. Ellos la pueden hacer.

ALCALDE: Nadie se puede librar. Si no, el año que viene se habrán aburrido del teatro. No habrá sido más que un juego inservible. Escúchame, hijo: Morirás el mismo día en que este pueblo se quede sin habitantes. Las casas vacías serán las paredes de tu tumba. Este es tu origen y tu final. Quizás ahora no te des cuenta, pero es así.

MANUEL: Déjalo. Lo que sea será.

El ALCALDE se acerca a MANUEL. Cerca de la ventana, se apoya en su quicio.

ALCALDE: No lo hagas por mí... Hazlo por tu padre. Tu padre también pensaba que la obra era buena... Quería que volviesses.

MANUEL: Mi padre ya está muerto.

ALCALDE: ¿Ya has olvidado su memoria? Lo que tú eres se lo debes a él.

MANUEL: No me hagas cargar con lo que no es mío. Un sólo hombre no puede hacer nada. El pueblo se muere. Todos los pueblos se mueren.

ALCALDE: No me importa morir. El problema son los demás.

El ALCALDE agarra a MANUEL por el brazo fuertemente.

ALCALDE: Es por ti, por ellos... por tus hijos.

MANUEL: ¡Tonterías!

ALCALDE: Manuel. Hay mucho que perder.

MANUEL: No entiendo nada de lo que dices.

ALCALDE: Lo que digo no se puede entender, pero es necesario. Es necesario hacer la obra. Es necesario que te quedes. Es necesario...

MANUEL hace un esfuerzo grande por soltarse del brazo del ALCALDE, pero él no da su brazo a torcer y no deja de hablar.

ALCALDE: Es necesario, hijo, es necesario, es necesario...

En un último intento, MANUEL logra desasirse del ALCALDE y se retira de la ventana para no caer de nuevo en sus garras.

ALCALDE: Por última vez, Manuel.

MANUEL: No.

ALCALDE: ¿Quieres que todo el peso caiga sobre mí?

MANUEL se encoge de hombros, pero no dice nada.

Desde la calle llegan los ruidos de los chavales que juegan con la nieve. Gritos, risas y alaridos se alternan según las diferentes situaciones. La nieve arrecia. Los muchachos construyen un muñeco de nieve.

Una voz llega hasta el bar. Es la voz de MARÍA, que canta una saeta.

MARÍA (DENTRO): ¡Ayyyyyyyy, ay, ay, ayyyyy!

Entre un junquito y una fuente

Entre un junquito y una fuente

Un carpintero, y un carpintero

Cortó

Y carpinterooooo cortó
una cruz pesada y fuerte
y al calvario, y al calvario
la llevó

ALCALDE: ¿Es ella, verdad?

MANUEL: Sí. Es ella.

MARÍA (DENTRO): Y ese cordero inocente
Y al calvario la llevó

¡Ay! No maltrates a ese cordero

Que su madre ya vendrá

ALCALDE: Canta muy bien.

MANUEL: Muy bien.

MARÍA (DENTRO): Que su madre ya vendrá
y te dará mucho dinero
p'a que aumente tu caudal

ALCALDE: Es importante que las mujeres canten.

MANUEL calla.

ALCALDE: Es importante que canten y que canten bien. Pocas mujeres cantan ya
en este pueblo... y ella... Ella también callará.

MARÍA (DENTRO): Ahí, ahí

Ahí presente lo tenéis

ALCALDE: No hay duda. Ella es de este pueblo.

MANUEL: Claro que lo es.

ALCALDE: No se irá contigo. Preferirá morir aquí.

MANUEL: No conozco a nadie que prefiera la muerte a la vida.

ALCALDE: Escúchala.

MARÍA (DENTRO): ¡Ay, ay, ay, ayyyyyyyyy!

¡Ayyyyyyyyy una cruz de penitencia
sobre sus hombros.

MANUEL: No. Ella no.

ALCALDE: Morirá aquí o callará para siempre.

MANUEL: Eso no puede ser.

ALCALDE: ¿Quieres hacer la prueba? ¿Le has pedido ya que se vaya contigo?

MANUEL: Sí.

ALCALDE: ¿Qué te ha respondido?

MARÍA (DENTRO): Ahí presente

Ahí presente lo tenéis

MANUEL: ¿Estás seguro de que ocurrirá así?

ALCALDE: Ya soy viejo. No tengo por qué engañarte.

Al otro lado de la ventana podemos ver cómo el COTO pasea con su cruz a cuestas y la pone en el muñeco de nieve que los chavales han construido.

MARÍA (DENTRO): Ahí presente loooo tenéis

Ay una cruz de peeeeenitencia

sobre sus hombros.

MARÍA termina su saeta. Los chavales la aplauden al pie del muñeco de nieve.

MARÍA corre junto a ellos. El viejo SESO aparece también al otro lado de la ventana. Está contento. Ríe y salta.

ALCALDE: Ella canta en la obra.

MANUEL: Está bien.

MARÍA y los chavales entran en el bar. Un trueno suena afuera. Todos entran corriendo.

MARÍA: ¿Has visto el muñeco que hemos hecho?

MANUEL: Sí, está muy bien.

CHIVO: ¡Bah! Te digo yo a ti que esto no cuaja.

ALCALDE: Dejad en paz la nieve. Hay que hacer la obra. Ya tenemos Jesucristo.

PALOMO: ¿Y yo qué papel hago?

ALCALDE: El que estaba escrito.

PALOMO: Pero si se lo gané al Piporro en el fútbolín.

El ALCALDE agarra al PALOMO por una oreja y lo levanta unas palmas del suelo.

ALCALDE: Y además os bebisteis nuestro coñac. ¿Todavía no te ha pillado tu padre?

PALOMO: Ay, ay, ay, ay... Ya vale, ya vale.

ALCALDE: Venga, avisad a todo el mundo. Hoy habrá ensayo general. PIPORRO:
¿Con lanzas?

ALCALDE: ¡He dicho ensayo general!

Los chavales salen corriendo del bar, mitad apresurados, mitad huyendo del
ALCALDE.

ALCALDE: (A MANUEL) Y tú, ¿no tienes hambre? Vamos, vamos a casa. Ya me
habéis oído. ¡Ensayo general!

Tío y sobrino salen del tele-club. El ALCALDE sale primero por la puerta. MANUEL
se detiene un instante ante MARÍA, que le sonrío. MANUEL echa un vistazo a
todos los demás con una mirada interrogante, pues todos sonrío como si se
estuvieran burlando de él.

ALCALDE (DENTRO): ¡Vamos, date prisa!

MANUEL sale por fin del tele-club. MARÍA corre a la ventana para ver cómo se
aleja con su tío tras cruzar la plaza del pueblo.

CHIVO: ¿Ha oído, Seso?

SESO: ¿Qué dices?

CHIVO: No, ya veo que no.

SESO: ¿Que no veo? Eso quisieras tú. Veo perfectamente. Veo las cosas por
delante y por detrás, pero, además, también veo a través de las cosas.

CHIVO: Por fin vamos a hacer la obra.

SESO: Pues claro.

CHIVO: Y el que va a hacer de Cristo es el Manolo.

SESO: Claro, claro.

CHIVO: ¿Sabe una cosa, viejo? Hay algo que no veo claro.

SESO: Claro, hijo, claro.

CHIVO: Deje de repetir claro, claro, claro. ¿Qué cree que va a pasar?

SESO: ¿Que qué pasará? No pasará nada, ya está pasando.

CHIVO: ¿Ya está pasando?

SESO: Sí, Chivo, sí, ya está pasando. Está pasando desde hace un rato.

CHIVO: ¿Qué cosa está pasando?

SESO: Está nevando, está nevando como aquel año.

CHIVO: ¿Qué año?

SESO: Está ocurriendo... Como aquella vez. De lo único que me acuerdo es que nevó. Nevó, nevó mucho... pero el resto de la historia está muy confusa.

CHIVO: Seso, usted está cada día más cerca de la tumba.

SESO: No te quepa la menor duda.

CHIVO: Tengo que ir a por los disfraces.

SESO: Disfraces, sí, todos iban disfrazados, llevaban máscaras para ocultar sus rostros, tenían miedo... y nevaba.

CHIVO: ¡Viejo chocho!

El CHIVO sale del tele-club enfadado.

SESO: Vaya si nevaba, nevaba como nunca. Es lo único que recuerdo... nevaba. Hablando consigo mismo, el viejo SESO termina por aburrirse a sí mismo y acaba durmiéndose sin dejar de repetir las últimas palabras.

Un ronquido parece que delimita objetivamente el paso de la vigilia al sueño.

OSCURO

El PALOMO y el PIPORRO entran en el tele-club con un gran baúl que depositan en medio del bar. MARÍA corre tras ellos con curiosidad. Depositán el baúl en medio del bar, delante del viejo SESO que, en sentado en la mesa del bar, sigue dormido.

El COTO sigue a los chavales a cierta distancia con su carretilla llena de chucherías.

PALOMO: ¡Joder lo que pesa!

PIPORRO: Cago en la leche!

El viejo SESO comienza de nuevo a hablar, aunque sin dejar el estado de duermevela.

SESO: Llévate de aquí el vaso... Sí, el vaso, el vaso lleno... Sí, sí, sí... es verdad... Que te lleves ese vaso de aquí... Y afuera sigue nevando, seguro, seguro...

PALOMO: Fíjate en el viejo. Ya está otra vez hablando solo.

SESO: Que te lleves de aquí el vaso, que te lo lleves, he dicho... No lloréis, mirad cómo los otros ríen, son felices... Esta noche iré contigo al prado... Sí... Que me voy contigo al prado esta noche... Sonreíd... Sí

PALOMO: Éste se duerme en cualquier sitio.

PIPORRO: Abuelo, Abuelo...

El viejo se despierta y mira al chaval fijamente, como si no lo conociera.

PIPORRO: Abuelo, que está hablando solo.

SESO: Sí... Estaban muy alto, altísimo. Allí arriba, cerca del techo. No, no había techo, era el cielo. Gritaban allí arriba... Estaban muy alto... Y nevó, nevó mucho... Todo estaba cubierto de nieve... Por todos lados.

PALOMO: Éste lleva ya el mismo camino que el Coto.

PIPORRO: No se entera de nada.

PALOMO: Abuelo, ¿no le gusta que nieve?

El viejo mira al PALOMO fijamente a los ojos, como si no entendiera la pregunta.

SESO: ... Y la sangre teñía la nieve.

Su cabeza cae, de nuevo dormida, sobre su pecho.

PALOMO: Yo creo que el frío no le sienta bien.

Las mujeres entran en el tele-club. Todas llegan cargadas de bolsas y cajas. Ríen como si estuvieran criticando a alguien. Avanzan hasta donde los chavales han dejado el baúl y descargan allí sus bolsas.

MANUELA: ¡Qué frío hace!

SEÑORA: Se te congelan las orejas.

MANUELA: Mira el viejo. Va a coger una pulmonía.

SEÑORA: Échale una manta por encima, Evarista.

MANUELA coge una manta y arroja al viejo SESO. Los chavales reparan de nuevo en el baúl y lo abren destrozando a golpes el candado, mientras las mujeres abren sus bolsas y empiezan a sacar la ropa guardada para la obra. Trajes extrañísimos se mezclan en el suelo. Trajes de romanos, trajes de noche, smokings, bañadores de principios de siglo... Todo es extraño, nada está pensado para una obra de teatro sobre la Pasión de Cristo.

PALOMO: Esto es de romano. ¿No está ahí la lanza?

PIPORRO: Que no, que las lanzas se guardan en el cuartelillo.

PALOMO: Pero por qué le tienen tanto miedo a las armas.

PIPORRO: Por si las va a utilizar alguien como tú.

MANUELA: Mira, mira qué preciosidad.

MANUELA muestra un traje oscuro de noche muy elegante.

MANUELA: Esto lo llevé mi abuela cuando fue novia del Embajador.

SEÑORA: Que no era Embajador, era cartero.

MANUELA: Bueno lo que fuera, pero fíjate qué preciosidad, esto ya no les vale a las mozas de ahora. No tienen, no, no tienen nada de aquí.

SEÑORA: (Mostrando al aire la parte superior del vestido, a la altura de los pechos.) Es verdad, no les vale a ninguna.

PIPORRO: ¡Ahí va! ¿Esto quién se lo pone, Herodes?

Saca del montón un traje de buzo.

PALOMO: ¡Qué va! Seguro que es de Poncio Pilatos, como se tiene que lavar las manos.

PIPORRO: ¡Exagerao!

El CHAPARRO y el GURRIATO entran en el bar para acercarse, curiosos, al lugar donde las mujeres rebuscan y cotillean. Miran pero no dicen nada. Al final cogen un par de túnicas, unos zurriones y cinturones.

CHAPARRO: Eso es de judío.

GURRIATO: ¿Es que San José no era judío?

CHAPARRO: ¡Pero qué dices! Los judíos escupieron al Señor. Como Caifás. No me gustan los judíos, nunca me han gustado.

GURRIATO: ¿Entonces por qué hacemos de judíos? ¿Por qué salen los herejes en la obra?

CHAPARRO: El Alcalde se está volviendo comunista.

Los chavales pegan un respingo alrededor del baúl y se echan hacia atrás dando gritos.

PALOMO: ¡Cuidado! Una culebra

CHIVO: ¿Dónde?

PIPORRO: Es verdad. ¡Ahí! En el baúl.

MANUELA lanza un grito y suelta todos los vestidos que tiene en la mano como si fueran a contagiarle alguna enfermedad. La culebra asoma entre las telas.

PALOMO: Cuidado, que sale

CHIVO: Muchacho, trae un palo.

PALOMO: ¿Éste vale?

PIPORRO: Ése es el bastón de San José.

CHIVO: Cualquier palo vale.

Violentemente, el CHIVO, comienza a dar golpes a la ropa intentando matar la culebra. Los bastonazos caen demoledores sobre el baúl. Las astillas saltan por los aires. El baúl acaba destrozado. Los chavales dan saltos alrededor del baúl para obtener un mejor punto de vista de la matanza. La culebra sale por fin del amasijo de ropas para morir bajo el último golpe del CHIVO.

MANUELA: Es enorme. Mide más de un metro.

PIPORRO: Es un alicante, seguro.

GURRIATO: O una víbora.

CHAPARRO: No hay víboras tan grandes, ni alicantes. Ese bicho no es venenoso.

PALOMO: Es una bastarda.

PIPORRO: Pues tiene un par de colmillos...

SEÑORA: No la toques.

PIPORRO: Pero si ya está muerta.

SEÑORA: Bicho malo nunca muere.

CHIVO: Hay que llevársela de aquí.

PALOMO: Mira, aún tiembla.

CHIVO: Cógela con dos palos y llévatela.

PIPORRO: ¡Con el bastón de San José!

PALOMO: Agárrala por la cabeza, Piporro.

Con los restos del bastón, los muchachos levantan el cuerpo de la culebra y lo sacan del tele-club. Por la puerta aparece el ALCALDE. Los muchachos le muestran el bicho como si fuera un trofeo. Junto a él llega MANUEL.

PALOMO: Estaba entre la ropa antigua.

ALCALDE: ¡Qué asco!

El ALCALDE echa la mano por encima del hombro de MANUEL y se encaminan hacia el escenario donde los actores están a medio vestir y algunos ensayan sus movimientos y frases. Parece un manicomio en el que cada cual habla consigo mismo. Algunos, con los ojos cerrados, pasean por todas partes: por el escenario, por la barra del bar, por las mesas, al lado de los futbolines etc. Bisbiseando, caminan como autómatas.)

ALCALDE: ¡Manuel! Hay que prepararse, tenemos mucha prisa. Ven, ven aquí, toma una copa. Vamos. Ven aquí, Manuel, ven aquí.

Todo el mundo sigue con sus ensayos de autómatas. El CHIVO levanta los maderos del suelo y los mira con aire de entendido. Se agacha y empieza a dar martillazos en ellos. Los que faltaban entran uno a uno: PEPE y MARÍA.

Algunos ayudan al CHIVO, mientras otros buscan su ropa en el baúl. MANUEL los observa con los ojos bien abiertos. El ALCALDE llena dos vasos de vino. Uno de ellos se lo ofrece a su sobrino, al que llama la atención por medio de un codazo amistoso.

ALCALDE: Míralos, están felices. Es bueno creer en algo. Sin la obra terminarían por volverse locos. Se tirarían al monte. A fin de cuentas, ¿con quién iba a echar la partida después de comer? Somos pocos en el pueblo, pero no necesitamos ser más. Una partida de cartas se puede jugar entre cuatro. Je, je... Esa cruz, me hace gracia... Hay una cosa que tienes que aprender. No la olvides nunca. Mano dura, se necesita mano dura para manejar a estos mulos. Escucha lo que te digo y no lo olvides. Mano dura. Esto es como una máquina que tiene que funcionar siempre. Hay que comerse los años unos tras otros. Hay que avanzar, aunque sea hacia la muerte, hay que ir adelante, y no vale volver la espalda y pensar que alguien se acordará de ti y nos sacará de la miseria. Ya no hay que preocuparse por el granizo ni por los temporales de lluvias ni por las sequías. El tiempo ha cambiado mucho.

MANUEL: Ya no tenéis nada que sembrar.

ALCALDE: Si existe el Paraíso, debe ser algo muy parecido a este pueblo.

MANUEL: ¿Vais a medias el cura y tú en esto?

ALCALDE: Lo único importante es la obra: Mientras se hace la obra, todos somos

iguales. Ellos y yo.

MANUEL: Sabes bien que sólo lo hago por ella. Cuando me la lleve...

ALCALDE: Cuando te la lleves, llevarás la peste contigo.

MANUELA: Mira, María, ¡qué bonito vestido para ti! Era de mi abuela.

MANUELA enseña a MARÍA el vestido de noche. MANUEL y el ALCALDE observan la escena.

MARÍA: Pero esto no lo puedo llevar en la obra. Las judías no vestían así.

MANUELA: ¿Ah, no? ¿Entonces cómo vestían?

MARÍA: Con túnicas. Era la época de los romanos.

MANUELA: ¡Para una vez que haces de Magdalena! Pues sabes qué te digo, que si no te lo pones tú, me lo pongo yo.

SEÑORA: ¿Cómo te lo vas a poner tú? ¿No ves que haces de Virgen? ¡Eres una inconsciente!

MANUELA: Es que es tan bonito...

MANUEL: No volveré.

ALCALDE: Con que lo hagas una vez es suficiente.

El ALCALDE deja su vaso en la barra y se adelanta en dirección al escenario.

ALCALDE: ¿Está todo preparado?

MARÍA: ¿Te gusta Manuel, te gusta mi vestido?

MANUEL: Es una túnica, como la de todos.

MARÍA: Desde luego, los hombres de este pueblo no saben ser galantes.

MANUEL: Te sienta muy bien, de veras.

MARÍA: Tranquilo, no te esfuerces. Ya estoy acostumbrada. Si fueras educado me preocuparía seriamente.

MANUELA: (Gritando) ¡Pero si la Magdalena era una puta! ¿Cómo va a vestir la misma túnica que la Virgen?

SEÑORA: Entonces tu abuela era otra puta

MANUELA: ¡Tú sí que eres puta! ¡Y tu hija otra igual!

El jaleo está servido. Una buena pelea entre mujeres que los hombres, a duras penas, retienen por los brazos intentando que no se enzarcen. Los que trabajaban en la cruz se detienen para observar la lucha.

SEÑORA: ¡Dejadme, que le saco los ojos!

Entre las sombras, el viejo SESO se acerca al pie del escenario repitiendo como un autómatas las mismas palabras.

SESO: Todavía sigue nevando, Piporro... No para de nevar.

PIPORRO llega por la puerta y asoma de nuevo su cabeza hacia el exterior, aunque le llama más la atención la pelea de las mujeres. El ALCALDE interviene y separa a las mujeres.

ALCALDE: ¡Callaos ya! Parecéis gitanos.

CHIVO: No tenéis edad.

MANUELA: Te crees una señora y nadie te oyó llorar la noche de bodas. Que lo diga tu marido, a ver con qué clase de puta se encontró.

SEÑORA: ¡Dejadme, dejadme que la mato!

ALCALDE: ¡Silencio! ¿Es que no veis que es una estupidez?

El CHIVO le da un guantazo a MANUELA, que se calla y comienza a llorar de rabia, encogida en su vientre.

CHIVO: ¡Cállate!

ALCALDE: No... en esto no había pensado.

CHIVO: Todos estamos nerviosos. ¿Para qué, para qué hacemos la obra? ¿Por qué traer a Manuel al pueblo? ¿Por qué tenemos que hacer la obra? ¿Quién nos va a ver actuar?

ALCALDE: ¿Quieres saber quién os va a ver actuar? De momento vuestros hijos. Y luego los hijos de vuestros hijos. Y al final... Al final todo el mundo, vendrán de todas partes a veros, sí, en vez de irse, la gente vendrá aquí, y vendrá porque vosotros actuáis.

CHAPARRO: ¿Lo vamos a grabar en vídeo?

CHIVO: Tú sabrás lo que haces. Pero ten cuidado... Ten cuidado. Juegas con personas.

El CHIVO baja la cabeza y se da media vuelta. Mira al GURRIATO y le invita a volver al trabajo.

MANUEL: Bueno... esto... ¿Se puede saber dónde está el texto?

CHAPARRO: ¿Qué texto?

MANUEL: Me lo temía. ¡Algo tendréis que decir cuando estáis ahí arriba!

CHAPARRO: ¡Qué va! Ensayamos, ensayamos y a fuerza de ensayar... También nos vestimos de judíos

GURRIATO: Y de romanos...

ALCALDE: Es verdad... Hace falta un texto. Necesitamos un texto ¿Dónde hay un texto?

CHAPARRO: Pero si es una historia que ya nos la sabemos de memoria. Jesucristo entra en Jerusalén con un borrico y al final acaba en la cruz. Es muy fácil.

CHIVO: El borrico eres tú Chaparro.

CHAPARRO: Vuelve a repetir eso y te parto la boca y te arranco los cuatro pelos que tienes.

ALCALDE: ¡Silencio! Necesitamos un texto. Pero no tenemos escritor. No hay escritor para la obra.

GURRIATO: Bueno, pues lo dejamos para el año que viene.

ALCALDE: Callaos de una vez. Estoy pensando.

MANUEL: Hombre, se puede hacer un arreglo...

ALCALDE: ¿Un arreglo? ¿Qué clase de arreglo?

MANUEL: En este tipo de obras... En fin, cogéis la Biblia y la recitáis.

ALCALDE: La Biblia, la Biblia... Claro, buena idea... La Biblia. ¿Quién tiene una Biblia?

CHAPARRO: ¿Quién va a tener de eso?

GURRIATO: El cura debe tener una.

CHIVO: Claro, el cura. ¿Quién si no?

ALCALDE: ¿Creéis acaso que os va a dejar uno de sus libros sagrados y consagrados a vosotros, que no os laváis las manos ni para comer?

SEÑORA: Yo tengo un misal...

MANUELA: Yo sí que tengo una Biblia... Pero no la toquéis mucho. Es recuerdo de familia.

ALCALDE: La leeremos en voz alta. La leerá Manuel.

CHIVO: Sigo pensando que es mejor que venga el Cura. Éste es su oficio.

ALCALDE: La obra es una manifestación cultural civil, aconfesional y laica. No

hay curas ni iglesias que valgan. Esta obra debe constituir el acervo cultural del pueblo. ¿Entendéis? Nada de curas.

MANUELA tiende a MANUEL el libro.

MANUELA: Ten cuidado. Todavía no lo he leído.

MANUEL: Descuida. A ver. San Mateo es muy fácil. San Marcos también. Con Lucas, con Lucas os podéis lucir. Y de San Juan podéis tomar escenas diferentes. A ver ¿cuál os gusta más?

GURRIATO: No sé, ¿dónde sale San José sin bastón?

MANUEL: San José no sale en la Pasión. Ya había muerto.

CHAPARRO: San José sólo está en el portal de Belén.

GURRIATO: Entonces yo qué hago.

CHAPARRO: Y yo qué digo.

MANUEL: ¿Cuál es tu papel?

CHAPARRO: Caifás, pero a mí no me gustan los judíos.

MANUEL: En esta obra son todos judíos.

CHAPARRO: Pero no me gustan los que escupieron al señor.

MANUEL: Escucha... A ver. Simón Pedro y otro discípulo seguía a Jesús. A ver, tú Gurriato, ya que no haces de San José, podrías hacer de Pedro.

GURRIATO: Esto es un cachondeo.

ALCALDE: No se hable más. Ahora eres Pedro y se acabó.

GURRIATO: Pues yo no lo veo nada claro.

MANUEL: (Lee) Pedro quedó fuera del atrio, a la puerta. El otro discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró al mismo tiempo que Jesús en el atrio del sumo sacerdote. Salió habló con la portera e hizo entrar a Pedro. Entonces la joven portera dijo a Pedro... ¿A ver quién hace de portera?

ALCALDE: (A la madre de AGUSTINA.) Hazlo tú.

SEÑORA: ¿De portera yo? Vamos anda.

ALCALDE: De portera.

MANUEL: Tienes que decir: "¿No eres también tú de los discípulos de este hombre?"

SEÑORA: Eso es muy difícil.

MANUEL: Repite... ¿No eres tú...? Repite

SEÑORA: ¿No eres tú...?

MANUEL: También...

SEÑORA: También...

MANUEL: De los discípulos

SEÑORA: De los discípulos...

MANUEL: De este hombre.

SEÑORA: De este hombre.

MANUEL: Muy bien, pues ahora todo seguido: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?

SEÑORA: Que no, que me da mucha vergüenza.

ALCALDE: No hay vergüenza que valga. Repite.

MANUEL: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?

SEÑORA: ¿No eres tú de los de este hombre?

MANUEL: De los discípulos de este hombre

SEÑORA: Eso es muy difícil. Como lo he dicho se entiende bien.

MANUEL: Está bien. Ahora el Gurriato responde: No soy.

GURRIATO: No. Digo que no y punto. Si ella se come palabras no las voy a decir yo todas.

MANUEL: ¡Caifás! Caifás le dice a Jesús: "Si tú eres el Cristo dámoslo."

CHAPARRO: Si tú eres el Cristo dámoslo.

MANUEL: Muy bien. Ahora Cristo responde: "Si os lo digo no lo creeréis; y si yo os preguntare no me responderíais. Pero desde ahora el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios."

CHAPARRO: (Continúa él solo. Se lo sabe de memoria.) Algunos han oído que decías: Yo destruiré este templo hecho por mano del hombre y en tres días edificaré otro no hecho por manos humanas.

MANUEL: Sí, eso es...

CHAPARRO: Jesús no dice nada, Caifás vuelve: ¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?

MANUEL: Jesús continúa en silencio.

CHAPARRO: ¿Cuál es tu doctrina, cuáles tus discípulos?

MANUEL: Públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en las sinagogas y en el templo, donde concurren todos los judíos; nada he hablado a escondidas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído qué es lo que he enseñado; bien saben ellos lo que yo he dicho.

CHAPARRO: Ahora un soldado le abofetea.

ALCALDE: El Palomo.

PALOMO: ¿Con o sin?

ALCALDE: ¿Con o sin? ¿qué?

PALOMO: ¿Con lanza o sin lanza?

El ALCALDE empuja al chaval, que no sabe qué hacer y se queda fijo delante de MANUEL. Como si fuera una caricia, hace con que abofetea a MANUEL.

MANUEL: Si he hablado mal, demuéstreme en qué; pero si hablé bien, ¿por qué me pegas?

CHAPARRO: Luego ¿eres tú el hijo de Dios?

MANUEL: Vosotros lo decís: lo soy.

CHAPARRO: (Rasga violentamente la túnica que tiene puesta encima de su traje y la deja completamente rota.) ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Nosotros mismos lo hemos oído en su boca.

MANUEL: Muy bien, muy bien... Ahora vienen los soldados y llevan a Jesús ante Pilatos.

CHAPARRO: No me gustan los judíos, no, no me gustan.

El CHAPARRO se retira del lugar y se sienta al pie del escenario apesadumbrado.

MANUEL: Ahora llevan a Jesucristo ante Pilatos.

ALCALDE: Ése soy yo.

MANUEL: Muy bien, lee aquí.

ALCALDE: ¿Qué acusación traéis contra este hombre?

MANUEL: Ahora todos los demás, a coro: Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos traído.

Todos hablan a la vez, pero no se entiende nada de lo que dicen.

TODOS: Si no fuera un malhechor no te lo hubiéramos traído.

MANUEL: Bueno, vale. Tú sigue aquí.

ALCALDE: Tomadlo y juzgadlo según vuestras ley.

MANUEL: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie.

Los presentes vuelven a gritar igual de anárquicamente que antes.

TODOS: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie.

ALCALDE: Entonces Pilatos volvió a entrar en el pretorio. Llamó a Jesús y le dijo:
¿Eres tú el rey de los judíos?

MANUEL: ¿Dices tú eso de ti mismo o te lo han dicho otros de mí.

ALCALDE: ¿Acaso soy judío yo? Los de tu nación y los sumos sacerdotes te han
puesto en mis manos ¿Qué has hecho?

MANUEL: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, mis
partidarios habrían luchado para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi
reino no es de aquí.

ALCALDE: ¿Luego tú eres rey?

MANUEL: Tú lo has dicho, soy rey. He nacido y venido al mundo para dar
testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.

ALCALDE: ¿Qué es la verdad?

MANUEL: Dicho esto salió de nuevo donde estaban los judíos y les dijo:

ALCALDE: Yo no encuentro en él motivo de condenación. Como tenéis costumbre
de que os dé libertad a uno por la Pascua, ¿queréis que os deje libre al rey de los
judíos o a Barrabás?

TODOS: ¡A Barrabás! ¡A Barrabás!

ALCALDE: Os lo traigo fuera para que sepáis que no hallo en él motivo alguno de
condenación.

MANUEL: Jesús salió fuera con la corona de espinas y el manto de púrpura.

ALCALDE: ¡Ahí tenéis al hombre!

TODOS: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

ALCALDE: Tomadlo y crucificadlo vosotros, pues yo no encuentro en él motivo
para condenarlo.

El CHAPARRO camina de nuevo hasta el centro del bar recobrando la atención.

CHAPARRO: Nosotros tenemos una Ley y, según esta Ley, debe morir, pues ha

dicho que era el Hijo de Dios.

ALCALDE: (A MANUEL) ¿De dónde eres? ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para librarte y poder para crucificarte?

MANUEL: No tendrías sobre mí poder alguno, si no te hubiese sido dado de lo alto; por eso el que a ti me entregó, tiene un pecado mayor.

CHAPARRO: Si le das libertad, no eres amigo del César; pues el que se hace rey va contra el César.

ALCALDE: ¡He ahí a vuestro rey!

TODOS: ¡Muera! ¡Muera! ¡Crucifícalo!

MANUEL: Más, más veces. Más fuerte.

TODOS: ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera! ¡Crucifícalo!

ALCALDE: ¿A vuestro rey voy a crucificar?

CHAPARRO: Nosotros no tenemos otro rey que el César.

MANUEL: Venga, ¡Todos!

TODOS: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!
¡Crucifícalo!

Silencio.

MANUEL: ¿Veis qué fácil es?

Sacristía reducida. Como si fuera un armario. Oscura, para más inri. El CURA y el ALCALDE apenas caben con sus orondos cuerpos.

CURA: ¡La Pasión, la Pasión! ¿Qué sabréis vosotros de la Pasión? ¡Teatro! ¿A quién se le ocurrió? ¿Quién ha venido hoy a misa? Nadie. Todo el mundo está obsesionado con la obra. ¿Qué has hecho con este pueblo?

ALCALDE: Nunca les ordené que no fueran a la iglesia.

CURA: ¿Los quieres volver locos?

ALCALDE: La obra se hará.

CURA: ¿Por qué?

ALCALDE: Porque es necesaria. Es tan necesaria como el dinero que nos dan por el trigo que no plantamos, como necesitamos la leche esa de brik, pues ya no tenemos vacas. Necesitamos la comida y el vino, pero también necesitamos la

obra.

CURA: Bruto idólatra. Lo único necesario es la fe. La fe en la única palabra necesaria.

ALCALDE: Se tiene que convertir en una tradición.

CURA: No, no cuajaré. Se necesita algo más que una tradición. Se necesita un sacrificio... Sí, señor. Un sacrificio.

OSCURO

El tele-club a oscuras, tan sólo unas velas alumbran la mesa donde está sentado el ALCALDE. Es de noche pues el silencio parece enseñorearse en todo el pueblo.

PEPE, tras la barra, limpia sus cacharros.

Por la puerta, tímidamente, entra el PALOMO. Como nadie se ha dado cuenta de su presencia, tose un poco. PEPE lo mira. El ALCALDE le invita a pasar.

ALCALDE: Ven, siéntate.

El PALOMO llega hasta la mesa y se sienta.

ALCALDE: Pepe. Trae un vaso p'al chaval.

PEPE llena un vaso de vino y lo lleva hasta la mesa poniéndolo delante del PALOMO que, como si fuera una obligación, toma un sorbo.

ALCALDE: ¿Sabes ya lo que tienes que hacer?

PALOMO: Sí... He leído la Biblia.

ALCALDE: Es como la fiesta de los gallos.

PALOMO: Ya.

ALCALDE: ¿Querías llevar lanza, no?

PALOMO: Sí.

ALCALDE: ¿Era lo que más deseabas, verdad?

PALOMO: Sí.

ALCALDE: Pero bebe, hombre, bebe.

OSCURO.

Las luces se encienden en el escenario que está situado en el tele-club. Al pie del mismo, las dos viejas y el SESO son el único público con que cuenta la obra. El escenario está vacío. Suenan trompetas y tambores: una marcha militar, mitad

pasodoble, mitad procesional. La banda del pueblo hace su entrada en el escenario. Marchando bajan de él y se sientan justo debajo del teatrillo sin dejar de tocar.

Acto seguido, los romanos entran en escena al ritmo de la marcha y se distribuyen por todo el escenario sin dejar hueco libre. Los paisanos, ataviados de mendigos para querer parecer judíos del año 33 después de Cristo, avanzan hacia el centro del escenario riendo y mofándose de JESUCRISTO, que, con la cruz a cuestas, entra lentamente en el entarimado.

Al momento cae con la cruz. Los judíos se parten de risa.

GURRIATO: Ja, ja. Con que el rey de los judíos. Ja, ja.

CHAPARRO: Si eres hijo de Dios, sálvate.

JUDÍOS: Rey de los judíos, rey de los judíos, rey de los judíos. Ja, ja, ja.

MANUEL, que hace el papel de JESUCRISTO, se levanta dificultosamente y se pone en pie animado por los gritos de los judíos, que le jalean como si fueran un deportista. Cuando lo consigue, todos ríen y aplauden.

JESUCRISTO continúa caminando hasta llegar al centro del escenario, donde vuelve a caer hundido por el peso de la cruz. Los JUDÍOS vuelven a reír, aún más si cabe. La banda de música parece tocar ahora pasodobles toreros.

GURRIATO: El rey de los judíos. Ahí lo tenéis, en todo su esplendor.

CHAPARRO: Pero dónde va un rey sin corona.

CHIVO: Eso, un rey debe tener corona. Si no tiene corona no es rey. Ni siquiera de los judíos.

GURRIATO: Es verdad. ¡Una corona para el rey de los judíos!

MUJERES: ¡Que bailen el Palomo y la Agustina! ¡Que bailen!

HOMBRES: Eso, ¡que bailen!

Los dos jóvenes salen al centro del escenario. El uno vestido de romano y la otra de pastora. La orquesta toca para ellos una jota. Los chavales bailan estos aires populares.

El pueblo ríe. El PIPORRO se hace un hueco entre el público y muestra una corona de espinos.

GURRIATO: Eso es, aquí está la corona.

El CHAPARRO coge la corona y la pone en la cabeza de MANUEL ajustándola lo mejor que puede, como si fuera un casco de motociclista. MANUEL grita de dolor. Sangra.

GURRIATO: Ahora sí es el rey de los judíos.

CHAPARRO: Claro, un rey con corona. Ja, ja...

GURRIATO: ¡Oh! Rey de los judíos. A sus pies...

JUDIOS: Ja, ja, ja...

MANUEL se levanta lentamente e intenta hacer lo mismo con la cruz. Casi no puede enderezarse. Jorobado y sangrando avanza a pasos muy cortos ante las risas de los judíos, que no paran de increparle. Un romano comienza a darle latigazos. Los pasos se hacen cada vez más cortos.

De repente, MANUEL vuelve a caer. Los JUDÍOS no lo soportan más. Se tronchan de risa. Alguno se tira por el suelo y golpea el mismo sin poder contener las carcajadas.

GURRIATO: Se ha caído, se ha caído. Ja, ja, ja... Por tercera vez... Ja, ja, ja...

CHAPARRO: Ja, ja, ja... Consecutiva...

JUDÍOS: Lleva así toda la tarde...

GURRIATO: ¡Arriba rey de los judíos! Ja, ja, ja...

CHIVO: Eso, arriba. Sin perder la digni... Ja, ja, ja...

GURRIATO: ¿Has visto? Ja, ja... Por tercera vez je, je... ¡Consecutiva!

CHAPARRO: Menudo rey... No sabe ni llevar corona...

MARÍA llega ante MANUEL y le seca el sudor con un paño. La banda de música cambia de pieza por un acompañamiento de saeta.

MANUEL mira a MARÍA en silencio. Ninguno dice nada. MARÍA canta.

MARÍA: Ahí, ahí

Ahí presente lo tenéis

¡Ay!, ¡ay!

Ay, una cruz de penitencia

sobre sus hombros

¡Ay!. ¡Ay! ¡Ay!

Entre un junquito y una fuente

Entre un junquito y una fuente
un carpintero.

Y un carpintero
cortó

una cruz pesada y fuerte
y al calvario, y al calvario
la llevó

Y ese cordero inocente
¡Ay! no maltrates a ese cordero
Que ya su madre vendrá
Que ya su madre vendrá
y te dará mucho dinero
p'a que aumente tu caudal

La mano de MARÍA intenta acariciar el rostro de MANUEL, pero el GURRIATO la sujeta fuertemente y la reprende con la mirada.

Los JUDÍOS ríen más. El ROMANO vuelve a darle con el látigo. MANUEL se levanta casi sin aire. Los ROMANOS cogen la cruz y la tumban en el suelo. Desnudan a MANUEL de su túnica y lo ponen sobre la madera sujetándole fuertemente los brazos con unas recias cuerdas.

Los JUDÍOS no han parado de reír mientras se ha llevado a cabo la operación. Ya no pueden más. Se ríen intentando no producir ruido. Algunos se sientan en el suelo y miran el mismo intentando buscar una razón para contener la risa.

GURRIATO: ¡Ay! Dios... ¡Qué risa!

MARÍA mira el pañuelo y lo muestra al público: en el mismo aparece retratado el rostro de CRISTO, un CRISTO que no es MANUEL, sino Cristo. Ningún judío se da cuenta de ello. MARÍA hace un ovillo con el pañuelo y se lo guarda en el vestido mientras llora.

Los ROMANOS levantan la cruz en alto con MANUEL colgado de ella. Los JUDÍOS vuelven a la carga.

CHAPARRO: Inri. Ja, ja, ja...

CHIVO: Eso. Para más inri. Rey de los judíos... Inri...

JUDÍOS: Inri, inri, inri...

Como si estuvieran insultando al árbitro en un partido de fútbol.

Inri, inri, inri, inri, inri...

Una voz por los altavoces. Estridente. Grave.

VOZ: He ahí a mi hijo.

Los JUDÍOS callan. Se miran entre ellos. Se preguntan. La luz poco a poco se va. Sólo quedan las antorchas de los romanos encendidas.

MANUEL: Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

MANUEL hace con que muere. Los JUDÍOS se miran entre ellos. Viento. Ruido de truenos. Los JUDÍOS murmuran.

El telón negro detrás de la cruz se rasga y deja al descubierto las paredes del fondo del escenario.

GURRIATO: ¿Ya está muerto?

CHIVO: Debe de estarlo, no dice nada.

CHAPARRO: Eso no quiere decir nada.

El CHAPARRO se acerca al PALOMO y lo arrastra hasta llevarlo debajo de la cruz.

CHAPARRO: Mira a ver si está muerto.

PALOMO: Si no está muerto ya morirá.

CHIVO: Mátalo. Mátalo ya.

PALOMO: ¿Teméis que resucite? Como dicen sus discípulos.

CHAPARRO: Discípulos, ¿qué discípulos?

GURRIATO: Por supuesto que no lo creemos.

CHIVO: Mátalo. Mátalo.

GURRIATO: Vamos. Como con los gallos.

PALOMO: Rey de los judíos... Realmente es vuestro rey. Le tenéis miedo.

CHIVO: Mátalo. Mátalo ya y cállate.

Los JUDÍOS empujan al PALOMO, que mira a MANUEL. MANUEL también abre los ojos y observa extrañado la operación.

PALOMO: Si eres hijo de Dios, sálvate.

El PALOMO coge su lanza y se arroja detrás de ella para clavársela a MANUEL en el costado. MANUEL grita herido. Agoniza sin poder decir palabra hasta que

fallece.

MARÍA sale de entre el grupo y mira a MANUEL con la lanza clavada. Los JUDÍOS, en silencio, se van retirando de la cruz con pequeños pasos.

El PALOMO, boquiabierto ante la cruz y el cadáver, se queda helado.

El viejo SESO se levanta de entre el escaso público.

SESO: Matamos al padre y ahora matamos al hijo.

MARÍA: Le habéis matado, le habéis matado.

CHAPARRO: Cálmate hija.

MARÍA: Sois unos asesinos. Le habéis matado (Comienza a llorar.) Yo lo sabía...

Sabía que algo iba a ocurrir... Asesinos, asesinos...

SESO: Hoy sí que va a haber trajín en el cementerio.

Los paisanos se quitan los disfraces y salen del escenario tras las cortinas rasgadas. El PIPORRO se acerca al PALOMO y le da un golpecito en la espalda.

PIPORRO: Buena puntería.

PALOMO: Creí que no le daba. ¡Claro, sin ensayar!

PIPORRO: ¡Eres un hacha!

PALOMO: Creo que me voy a marear.

GURRIATO: ¡Pepe! Cierra el telón.

PEPE cierra el telón del pequeño teatrillo tapando su interior a la mirada de las viejas y el SESO, quienes, no por eso, se levantan de sus butacas.

VIEJA: Pues a mí me ha gustado. Es una historia muy bonita.

SESO: Una tragedia. ¡Es una tragedia!

VIEJA 2: ¿Y las perrunillas? ¿Ya se han acabado las perrunillas?

FIN

Luis Miguel González Cruz. Correo electrónico: luismiguelgacruz@hotmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Febrero 2006

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar